

INTERLUDIO UNO - DOS

Los progresos sociales y cambios de eras se producen en razón de los progresos de las mujeres hacia la libertad, y las decadencias del orden social, en razón del decrecimiento de la libertad de las mujeres.

[Charles Fourier](#), pensador francés, Théorie des Quatre Mouvements, Paris, 1808

PARTE DOS, ADOPCIÓN

La víspera de Elkar era feriado, por lo que partimos hacia Sexta cuatro días antes. Nos íbamos a alojar directamente en la *Biltzara*, las noches previas a la Ceremonia de Recepción.

Hagora se sentía indispuesta desde antes de embarcar. Ya estaba nerviosa al despedirnos de nuestras familias y amigos. A eso se sumó que era un día tormentoso y las olas sacudían la *txalupa* con violencia. Hagora no lo pudo resistir y viajó las dos jornadas enferma del estómago. Aunque le procuramos una posición cómoda, le dimos agua, la abrigamos e intentamos darle palabras de aliento, no logramos que se sintiera mejor.

Al llegar a Sexta, estaba tan mareada que no podía salir del barco. Para colmo, el olor a podrido del puerto terminó de descomponerla. Tuve que pedir ayuda a los *txalupari* para trasladar a Hagora y a nuestros equipajes por el desagradable muelle lleno de ratas. Nos urgía ir a la *Biltzara* antes de que se hiciera la noche y mi amiga no parecía estar en condiciones de caminar. Por fortuna, dos hombres del puerto, sabiendo que éramos *hamabineskak* recién llegadas, se apiadaron de nosotras. Subieron a Hagora a lomos de un caballo, cargaron nuestros bolsos y nos acompañaron.



Cuando les agradecemos la ayuda y quedamos solas en la entrada del Palacio, Hagora recuperó el buen humor. Se sentía dolorida y agotada, pero encontró fuerzas para reírse de sí misma y de lo penoso de nuestro arribo a la ciudad en la que viviríamos el resto de nuestras vidas. Una Sacerdotisa nos identificó y nos guió por corredores hacia una sala, en la que íbamos a alojarnos.

Al entrar, nos encontramos con una docena de *hamabineskak*, cada una con sus equipajes desparramados en el suelo. Algunas estaban tan desaliñadas y sucias como nosotras y otras se peinaban o se vestían aparentemente luego de haberse bañado. Una estaba llorando. Otras permanecían en silencio sentadas sobre sus ropas.

Dos chicas se nos acercaron y nos saludaron. Nos presentamos. Nos ofrecieron un pequeño espacio de piso libre para quedarnos con ellas. Sus nombres eran Sutziake y Gazmira.

Sutziake era más alta que yo, tenía el cabello rubio atado y un porte elegante. Venía de Biko. Gazmira era menos alta, cabello castaño y cara redonda. Nacida en Lau. Nos informaron de la disponibilidad de agua tibia en una pieza contigua. Realmente era lo

que necesitábamos, de modo que abrimos nuestros bolsos, escogimos telas de algodón para usar como toallas y fuimos a bañarnos.

Hagora aún se veía algo mareada, pero luego de que la ayudé a bañarse, comenzó a sentirse mejor. El piso estaba inundado, la pieza era pequeña y otras *hamabineskak* hacían cola para entrar. Por lo que nos envolvimos en las toallas y volvimos a la sala.

Gazmira y Sutziake daban la bienvenida a dos recién llegadas. La que había estado llorando parecía dormida en los brazos de una de sus amigas.

Gazmira nos hizo una presentación rápida del resto de las chicas. Cinco provenían de Biko, tres de Lehen y dos de cada una de las otras ciudades. Dieciséis en total y parecía, por lo tarde, que ya estábamos todas. Al día siguiente, feriado, ningún barco navegaría por los mares de Atlantis.

El ambiente de la sala se fue calmando y muchas se iban rindiendo al sueño. Nosotras permanecemos un buen rato conversando, compartiendo experiencias de cómo habíamos tomado nuestras decisiones, de lo horrible del puerto de Sexta, de los malestares de Hagora y nuestra atípica llegada al palacio.

Hagora se entendió bien con Gazmira y yo simpatiqué con Sutziake. Ella tenía ocurrencias y formas de pensar similares a las mías, mientras que Gazmira era bastante parecida a Hagora. Las cuatro estábamos tan excitadas que no dábamos lugar a nuestro cansancio.

Buena parte de la noche estuvimos intercambiando temores y ansiedades sobre lo que iba a ocurrir con nuestras vidas en un par de días, cuando supiéramos cómo iba a ser la madre y la casa que nos adoptara.

El aceite de las pocas lámparas de la sala se fue agotando. En algún momento nos dormimos. Al día siguiente nada había para hacer. Sólo esperar.



La Ceremonia de Recepción se realizó al atardecer. Mientras los niños de Sexta preparaban sus disfraces y sus canastos para salir a las calles, nosotras vestíamos los trajes ceremoniales, nos peinábamos y nos adornábamos para presentarnos ante las sacerdotisas.

En la sala reinaba el nerviosismo. Por momentos estábamos en silencio y por momentos se producían gritos, peleas, discusiones y hasta ataques de llanto.

Cuando estuvimos vestidas y peinadas, busqué entre mi ropa la tiara que mi madre me había dado por los doce años. Extraje de un pequeño bolso el aro de plata que mi abuela me había regalado en mi primera visita a Hiru, y me lo puse al cuello. De un segundo bolsito de cuero, tomé el otro delfín de plata engarzado en un anillo. El que Txanona me había enviado al confirmarse su partida para Islas Castigadas. Y lo colgué del cuello de Hagora. Le dije que le iba a dar suerte en la Ceremonia. Ella quedó sorprendida y feliz, y me lo agradeció con un abrazo.

A nuestro lado, Gazmira y Sutziake terminaban de vestirse. Sutziake me sonrió mientras revisaba su bolsa de ropa y sostuvo una mirada cómplice mientras se colocaba en el pecho un aro de plata con un delfín danzante.

Nos formamos en una fila, íbamos a dirigirnos al salón de sesiones de la Altísima *Biltzara* de Sexta. Allí nos esperaban nuestras futuras madres. Casi la mitad teníamos aros de plata. Conté siete aros con delfines en la fila.

Había dos veces sesenta sacerdotisas en el gran salón circular. Eran pocas. Cerca de la mitad de las sacerdotisas de Sexta no se encontraban presentes.



La Ceremonia consta de dos partes.

Primero, cada *hamabineska* hace su presentación, diciendo su nombre, de qué ciudad viene y por qué ha elegido Sexta. No está permitido nombrar a la madre de vientre en la Recepción. Ni dar datos que permitan averiguarlo. La única información que puede darse a conocer es la ciudad de origen. Tampoco que una sacerdotisa lo pregunte, bajo pena de ser relegada al último lugar.

En la segunda parte, las sacerdotisas de a una, en orden de jerarquía, pueden interrogar a cualquiera de las candidatas hasta hacer su elección. O renunciar a hacerlo.

Cuando estuvimos formadas en un estrado hizo su entrada la Alta Sacerdotisa Guaxara.

Su presencia era imponente. Las conversaciones del salón se interrumpieron. Guaxara era alta, como dos pasos y diez dedos. Tenía la piel tan bronceada por el sol que parecía negra y contrastaba con su impecable túnica sacerdotal blanca de una tela fina, casi transparente. Llevaba su largo cabello canoso en la espalda. Pero lo más asombroso eran las joyas. En su pecho lucía un cono de oro, de unos ocho dedos de ancho. Su tiara estaba recubierta de piedras que brillaban como estrellas. Y de sus orejas pendían largas serpientes labradas en plata.

Su discurso fue breve. Nos dio la bienvenida y nos felicitó por la elección que habíamos realizado. En un momento afirmó que en Sexta la mujer atlanteana tiene el trato que se merece. (Esto me trajo a la mente una escena de tres sirvientes desnudos frotando con aceite el cuerpo de una mujer acostada). Guaxara insistió en nuestro rol para engrandecer Sexta y Atlantis, nos deseó fecundidad y felicidad, y anunció que con nosotras darían inicio las obras del nuevo vecindario sobre la colina, lo que fue recibido con muchos aplausos por buena parte de las presentes. Cerró su intervención con oraciones a Ama, Elkar y Egu.

Dio comienzo la presentación individual. Los argumentos que se exponían estaban preparados y se repetían constantemente. A quienes nos escuchaban no parecía importarles mucho. Resultaba notorio que había dos grupos entre ellas.

Llegó mi turno.

— Agradezco a la Diosa Elkar por este momento de mi vida. Mi nombre es Itahisa y vengo de Bosteko. He tenido la fortuna de conocer seis de las siete ciudades de Atlantis. Mi preferencia por Sexta es por ser una ciudad pequeña, donde es fácil conocer a toda la comunidad. Pero lo que me ha gustado más de esta ciudad es su playa. He pasado una noche bailando con jóvenes de este pueblo en la playa. Y esa ha sido una de las noches más felices de mi vida.

Pude ver sonrisas de aprobación entre las sacerdotisas. De uno y de otro bando. Siguió el turno de Hagora.

— Agradezco a la Diosa Elkar por este momento de mi vida. Mi nombre es Hagora y vengo de Bosteko. Estoy feliz de iniciar mi nueva vida en esta ciudad, donde las mujeres atlanteanas tenemos el trato que nos merecemos, — advertí caras de sorpresa y perplejidad tanto en sacerdotisas como en las *hamabineskak*.— y ruego a la Diosa Ama que me regale fecundidad para engrandecer esta ciudad.

Siguió la ronda la chica de Lehen que había estado llorando la noche de la llegada. Su nombre era Dafra. Estaba tan nerviosa que no pudo articular bien sus frases. Se equivocó y dijo cosas incoherentes, varias la animaron a continuar, hasta que pudo completar su brevísimo discurso preparado.

Al terminar las dieciséis presentaciones se produjo una gran agitación en el salón. Algunas *hamabineskak* festejaban y se felicitaban y otras estaban sumamente tensas. Me acerqué a Hagora y le dije que no se preocupara si las primeras escogidas no éramos nosotras. Me preguntó por qué. Le anuncié que no nos elegirían entre las primeras por provenir de Bosteko. No quiso creerme. Confiaba en que ella sería de las primeras.

En varias ruedas, las sacerdotisas discutían sus impresiones de la ronda de presentaciones, señalando de vez en cuando a alguna de las candidatas. Noté que Guaxara daba instrucciones a un par de colaboradoras. En el estrado, crecía el nerviosismo. Algunas reían exageradamente, otras rezaban oraciones, otras se abrazaban. Pasó un tiempo interminable hasta que Guaxara se acercó en grandes pasos hacia nosotras. Inmediatamente se hizo silencio.

La Alta Sacerdotisa recorrió el estrado mirándonos a cada una a los ojos. Cuando pasó por delante de mí pude percibir deliciosos perfumes de cortezas aromáticas. Se dirigió a la primera a nuestra *eskuerra*. Parándose frente a ella, la llamó por su nombre. Le dirigió un comentario sobre su presentación y tocándola en la frente, la bendijo en nombre de Ama, Elkar y Egu.

Hizo lo mismo con la segunda y con la tercera. No sólo recordaba los nombres y lo que cada una había dicho en su presentación. Tenía, para cada una, una frase diferente.

Cuando se paró frente a mí, quedé por un instante fijada en el enorme disco de oro que portaba en su pecho. No pude mirar otra cosa. Por primera vez me sentí realmente nerviosa.

— Itahisa.— Pronunció mi nombre con voz suave.

— Sí, Sacerdotisa Guaxara.— Respondí inmediatamente.

— Créeme que tendrás en esta ciudad muchas oportunidades de bailar. Y muchas noches felices.

— Gracias.— Quise decir alguna otra cosa, pero algo en su proximidad me confundía. Apoyó su mano en mi cabeza y me bendijo.

Luego se dirigió a Hagora, quien también la miraba encandilada.

— Hagora.

— Sí, Sacerdotisa Guaxara.

— En esta ciudad descubrirás lo que mereces como mujer. Pido a la Diosa Ama que te dé la gracia de la fecundidad.

Hagora parecía transportada.

— Que así sea, Sacerdotisa Guaxara.

Pude observar en detalle a la Alta Sacerdotisa, mientras pronunciaba la bendición a Hagora. Su esbelto cuerpo oscuro se adivinaba a través de la delicada tela de su vestido. Sus formas eran hermosas, como de una mujer mucho más joven. No había arrugas en su cara. Sus pechos eran redondos y firmes y sus cumbres descollaban a ambos lados de su escote. Sus dientes eran perfectos y blanquísimos. Solamente la larga cabellera, de color gris claro, denunciaba su edad.

Guaxara prosiguió repartiendo sus bendiciones, aludiendo a cada una por su nombre, demostrando una memoria prodigiosa. Al terminar con las dieciséis, se dirigió al auditorio.

— Tenéis frente a vosotras, hermanas, a estas hermosas hijas de Ama, ellas son el futuro de nuestra ciudad, el futuro de Atlantis. Deberéis elegir a la que os parezca más apropiada para integrar vuestros *klanak*. Vosotras haréis que ellas sean bien recibidas en nuestra comunidad de Ciudad Sexta. Pido a la Diosa Elkar que guíe vuestras decisiones.— Hizo una larga pausa antes de concluir.— De mi parte, debo deciros que en este acto renuncio a mi derecho de elección.

Guaxara volvió a su lugar, junto a dos de sus colaboradoras. Una de ellas pronunció en voz alta un nombre. Supe que se trataba de la primera en jerarquía entre los *klanak* de Sexta. No se encontraba presente. La asistente de Guaxara llamó entonces a la segunda, a la tercera y a la cuarta. Ninguna de ellas estaba.

La quinta en ser nombrada se acercó al estrado. Su nombre era Alaine. Era de las de mayor edad entre las presentes. Vestía una túnica y lucía adornos ceremoniales similares a los de Guaxara, aunque no tan impactantes. Noté que también portaba pendientes de plata ondulados en forma de serpiente. Fue directamente hacia una de las *hamabineskak*. Era una de las más altas del grupo, llevaba el cabello rubio trenzado, provenía de Biko y no tenía aro de plata.

— Laida.

— Sí, Sacerdotisa Alaine.

— Dime cuales son tus deseos para tu nueva vida en esta ciudad.

Laida tenía preparada su respuesta.

— Deseo ser bien recibida en esta comunidad, Sacerdotisa Alaine. Deseo completar mis doce *Maisutzak* e ingresar a la Alta *Eskuela*. Deseo construir una hermosa *etxea* y recibir de Ama muchos hijos.

— Cuáles quieres que sean tus primeras *eskuetak*?

— Navegación y Construcción, Sacerdotisa Alaine

— Has aprendido a hilar y a tejer ?

— Por cierto. Sé hilar lana y algodón, manejar el telar y confeccionar prendas.

— Dime qué sabes cocinar, Laida.

La sonrisa de Laida se desvaneció. Inmediatamente se repuso.

— Sé preparar tortillas, Sacerdotisa Alaine. Puedo colaborar con el amasado y hervir vegetales y carnes para hacer sopas.

— Cómo te comportarás mientras te alojes en la casa de tu madre adoptiva ?

— Obedeceré a mi nueva madre y trataré a sus hijos como hermanos. Colaboraré con las tareas de la casa, mantendré ordenadas mis cosas y procuraré ser de ayuda en lo que pueda.

La sacerdotisa hizo una pausa y miró hacia algún punto del salón, hubo un tenso silencio. Laida apretaba sus puños contra sus caderas. Alaine volvió a dirigirse a ella con expresión seria.

— Tengo una pregunta más, Laida.

— Sí, Sacerdotisa Alaine.

— Deseas ser parte del *Klan* de Alaine de Sexta ?

La cara de Laida se iluminó.

— Sería un honor para mí.— Contestó.

— Eres entonces bienvenida.

Laida levantó sus brazos y dio un salto para abrazarse con su nueva madre, la sala estalló en aplausos.

La Ceremonia se reanudó. La asistente de Guaxara continuó anunciando nombres que no estaban presentes o respondían expresando su renuncia.

Se adelantó hacia nosotras otra mayor de cincuenta años que dirigió su interrogatorio a una de las candidatas de Zazpir. Similares preguntas y parecidas respuestas. Luego la bienvenida, el abrazo y los aplausos.

La tercera elegida también fue de Zazpir, la cuarta de Biko, la quinta de Lehen. Ninguna de ellas portaba el símbolo del Círculo. Quedábamos once en el estrado.

Entonces ocurrió algo imprevisto. Una sacerdotisa de unos cuarenta años y de gran belleza, luciendo pendientes ondulados de plata, se acercó a Hagora. En el salón se generó un murmullo de sorpresa y expectativa.

— Hagora, me parece una linda persona y podría elegirte.

Mi amiga lucía radiante. La Sacerdotisa modificó su expresión y señalando el pecho de Hagora, dijo.

— Pero no lo haré. Y tú sabes por qué.

Hagora quedó un instante petrificada, su sonrisa desapareció para convertirse en asombro. Miraba fijamente a su interlocutora sin poder decir nada. Ella giró y se dirigió a interrogar a otra candidata de Biko. Hagora se volvió hacia mí. No me habló, pero en sus ojos enormes había espanto. Sus manos fueron hacia el aro de plata que yo había puesto en su cuello. Traté de devolverle confianza, le pedí que se quedara tranquila, que no se preocupara, que todo iba a salir bien.

La siguiente en ser elegida fue Gazmira. Siguieron varias ausencias y renunciaciones. La octava, y la primera entre quienes teníamos aro de plata, fue Sutziake. Su madre adoptiva fue la Sacerdotisa Nekane. Más ausentes y renunciaciones. La novena fue de Lau.

Quedábamos siete. Con excepción de Dafra, la de Lehen, todas portábamos el anillo del Círculo.

— Haridian ! — vociferó la asistente de Guaxara.

La Sacerdotisa Haridian tendría unos cuarenta años. No era muy hermosa. En sus orejas los pendientes eran circulares. Subió al estrado y se dirigió hacia mí.

— Itahisa.

— Sí, Sacerdotisa Haridian.

— Además de bailar por las noches en la playa, — se escucharon risas — cuáles son tus expectativas para tu nueva vida en Sexta ?

— Deseo colaborar con esta comunidad para que esta Ciudad sea un orgullo para Atlantis.

Haridian sonrió.

— Y de qué modo colaborarás en la casa que te reciba, Itahisa ?

— Trataré de complacer a mi madre y a mi familia adoptiva, haciendo lo que se espera de mí.

Haridian entendió que con eso era suficiente.

— Quieres formar parte del *Klan* de Haridian de Sexta, Itahisa ?

— Sí, Sacerdotisa Haridian.

— Eres bienvenida entonces.

Me acerqué a recibir el abrazo de mi nueva madre.



Al bajar del estrado vinieron a saludarme Sutziake, Gazmira y otras *hamabineskak*. Algunas sacerdotisas también se acercaron a felicitarme. Haridian me anunció que al terminar la Ceremonia tendríamos una fiesta en su casa.

Me sentí emocionada y a gusto con mi primer diálogo con mi madre adoptiva. No obstante me preocupaba mi amiga, que seguía siendo postergada por las sucesivas decisiones de adopción. Fueron elegidas las dos chicas del Círculo de Hiru. En el rostro y la postura de Hagora se evidenciaba el disgusto. No había dudas que le afectaba cada chance que no le era favorable. Traté de hacerle algún gesto de simpatía pero ella no me dirigía la mirada. La colaboradora de la Alta Sacerdotisa continuaba llamando a potenciales electoras y casi todas renunciaban. Estábamos ya en el tramo final de las más jóvenes y de menor jerarquía.

Dos de ellas se inclinaron por las *hamabineskak* restantes de Lau y de Biko. Quedaban dos en el estrado. Hagora y Dafra, la llorona de Lehen. El sufrimiento de mi amiga era evidente.

Una joven sacerdotisa llamada Anixua subió al estrado y se dirigió a Hagora, quien se notaba nerviosa. Le hizo varias preguntas, entre ellas cuál le parecía que era el trato que merecía una mujer atlanteana. Tuve un momento de pánico, porque si contestaba algo inapropiado iba a ser nuevamente postergada. Hagora respondió algo acerca del respeto y eso pareció conformar a su interlocutora. Siguieron otras preguntas, que Hagora fue contestando con mayor aplomo. Finalmente fue invitada a integrar el *Klan* de Anixua de Sexta.

Me acerqué a felicitarla pero ella me detuvo. Estaba furiosa. Quitó el adorno de su cuello y me lo devolvió con brusquedad. Me pidió que nunca la volviera a ayudar y se alejó con su nueva madre.

Me quedé tan mal, que perdí por un tiempo la percepción de lo que ocurría a mi alrededor. Alguien hacía preguntas a la última *hamabineska*. Al rato noté que me hablaban. Era Sutziake.

— Qué le pasó a tu amiga ? Es un poco tonta o qué ?

Traté de disimular mi angustia y murmuré algo de que ella se había puesto nerviosa. Sutziake trató de animarme diciendo que ya se le iba a pasar, pasó su mano por mi hombro y volvimos a reunirnos con Nekane y Haridian, nuestras respectivas madres adoptivas.



Esa misma noche fui presentada a mi nueva familia.

Haridian tenía cuatro hijos, pero las dos mayores habían emigrado. La primera, cinco años atrás a Hiru, y a Lehen la segunda, el año anterior. El varón, Manindar, de once y la pequeña Eider, de siete, iban a ser mis hermanos por adopción.

Manindar no fue amable al recibirme. Más tarde me explicaron que él estaba descontento por perder su lugar de hermano mayor, que había ganado un año atrás, al partir su segunda hermana. Eider era una niña hermosa y simpática y me encariñé con ella inmediatamente. Lo primero que hizo fue mostrarme los regalos que había recogido en su canasto, tras su salida por la Fiesta de Elkar.

Además de Haridian, Manindar y Eider, estaban en la casa varios tíos y tías, y todos fueron buenos conmigo. Habían preparado bocadillos y bebidas para recibirme. Supe que mi nueva madre tenía treinta y ocho años, que era Profesora en la *Eskuela* de Navegación y que yo era la primera adoptada en su *Klan*. Ella agradeció con una

oración a Elkar mi llegada a Sexta y a su casa. Luego me invitó a presentarme, ya sin las restricciones ceremoniales, a su familia y amigos. En ese momento pude nombrar a mi madre Atissa y contar de mi infancia en Bosteko, de mis viajes, y compartir las emociones de la reciente Ceremonia de Recepción.

Los olores y la decoración de la *etxea* de Haridian me resultaron extraños, pero no desagradables. Traté de adaptarme a ellos, de familiarizarme con aromas, muebles y adornos de la que sería mi casa por un tiempo.



Al día siguiente, volví a la *Biltzara* con mi madre adoptiva. Debía proceder a un registro de mi adopción, de forma de que quedara asentada la nueva incorporación al *Klan* de Haridian. Allí nos encontramos con Sutziake y otras *hamabineskak* que estaban haciendo lo propio. Pudimos compartir las primeras impresiones de nuestras nuevas vidas. Todas estábamos felices, e intercambiamos direcciones para poder visitarnos más tarde.

La *eskriba* me anotó como aspirante a un predio para construir mi *etxea*.



Antes de que existiera el lenguaje escrito, hace casi sesenta ciclos, los antiguos atlanteanos inventaron el "modo de las manos".

Es una forma de representar las palabras con gestos. Con distintas posiciones de las manos y los dedos se forman los sonidos, o los significados. Por ejemplo, para representar "secreto" se llevan los dedos de una mano a los labios. Con pequeñas variantes, este gesto puede representar algo que está guardado, protegido u oculto.

La palabra atlanteana para "mano" es *esku*. La mano diestra se llama *esku-ona* (mano buena) y la otra *esku-erra*, que significa "mano torpe". Por ello, los objetos que vemos del lado de la mano diestra se dice que están a la *eskuona* y los que vemos del lado de la mano torpe decimos que están a la *eskuerra*.

Muchas otras palabras están relacionadas con el gesto de las manos que las representan. Si queremos referir al acto de trepar, usamos ambas manos para indicar que una sube y se cierra, mientras la otra baja. Con este gesto se puede simbolizar el acto de escalar (*esku-alar*) o bien la existencia de una escalera o de escalones. Si damos un breve beso a la yema de los dedos y alejamos rápidamente la mano representamos la acción de escapar, (*esku-apatu*) o advertimos una salida o escapatoria.

Ciclos más tarde, este "modo de las manos" (*esku-ara*) se convirtió en lenguaje escrito, cuando los antiguos empezaron a dibujar los gestos de manos en paredes, cortezas de árboles, lienzos o tablillas de barro. Esto implicó un gran avance para la civilización atlanteana, porque permitió enviar mensajes a distancia, o dejarlos en un sitio para que otros pudieran interpretarlos, leerlos, tanto en lo inmediato como muchos años después.

Con el tiempo, los dibujos fueron simplificándose para dar lugar a lo que conocemos como *eskritura*. La *eskritura* se enseña en las *Eskuelak* de las Doce Ciencias, pero sólo la llegan a dominar completamente los *Maisuak* en Historia, a los que se llama *eskribak*.



Saliendo del palacio, nos cruzamos con Hagora y Anixua. Nuestras madres se saludaron al pasar, pero Hagora me evitó y siguió su camino. Tuve que resignarme a que su molestia conmigo iba a ser duradera.

Luego acompañé a Haridian a la *Eskuela* de Navegación. Ella me recomendó no ingresar a Navegación hasta cumplir los quince, porque iba a ser mejor para mi cuerpo. Estuve de acuerdo. Mis primeras *Eskuelak* iban a ser entonces Cultivo y Construcción, que correspondían con mis necesidades de conocimientos al momento de construir mi propia casa.

Normalmente en Atlantis, las mujeres tienen su *etxea* terminada al año de la adopción, pero en Sexta todo era más complicado. Con suerte podría mudarme antes de cumplir catorce. Yo estaba decidida a hacer lo posible para adelantarlo, pero no dependía enteramente de mi empeño. La Ciudad debía hacer el pozo de agua, proveer los materiales y asignar a cada casa un *Maisu* constructor. Luego debíamos obtener ayudantes para levantar las paredes. Al mismo tiempo teníamos que preparar los pozos para los cultivos comunes.

Dejé a Haridian en la *Eskuela* y caminé sola hacia el puerto. Traté de ignorar la pestilencia y las ratas y contacté un barco que partía hacia Bosteko la mañana siguiente. Envié un mensaje de conformidad a mi madre Atissa y salí de allí tan rápido como pude.

De regreso a mi nuevo hogar, ordené mis pertenencias. La habitación de los niños era espaciosa, ya que había sido ampliada para los cuatro hijos, pero a mi llegada dormían solamente Manindar y Eider. En uno de sus extremos estaba mi cama. Haridian había dispuesto una mampara con telas para producir cierta separación de espacios. Tenía también unas tablas como estantes para mi ropa, una pequeña mesa y una lámpara. Era todo lo que necesitaba. Eider se ofreció a ayudarme, al mismo tiempo que hacía preguntas y comentarios sobre cada objeto que salía de mi equipaje. Manindar se mantuvo al margen, absorto en un barco de juguete que su hermana había trocado en la recorrida de Elkar.

Uno de los tíos que había conocido la noche anterior, llegó a la casa con un canasto de alimentos. Su nombre era Jacomar. Me puse a su disposición para ayudarlo a cocinar. Me respondió amablemente que si mantenía entretenida a Eider, sería para él la mejor ayuda. Hice lo que me pidió y fui con Eider a que me enseñara los cultivos de la casa y los terrenos comunes del campo.

Al regresar estaba pronto el almuerzo. Nos sentamos los cuatro a la mesa y el tío Jacomar me pidió que dirigiera la oración a Ama. Yo nunca había dirigido una oración en mi casa, aunque sabía perfectamente cómo hacerlo. Agradecí a Ama por la nueva vida y por la hermosa familia que me había recibido. Luego mencioné en particular la habilidad del tío Jacomar para prepararnos la comida, elogí la simpatía de Eider y dije de Manindar que me gustaba porque era callado. Con eso logré por primera vez provocarle una sonrisa.

Tras el almuerzo, quise limpiar la cocina pero el tío Jacomar nuevamente se negó. Entonces decidí ir de paseo por Sexta, con la idea de encontrarme con Sutziake o Gazmira. Tenía descartado ir a visitar a Hagora por unos días.

Tratando de recordar las indicaciones de Sutziake, caminé largo tiempo por las calles pero no logré dar con la casa. Entonces me dirigí a la playa. No hacía calor y estaba desierta. Igualmente me quité las sandalias y mojé mis pies en la orilla. El agua me trajo el recuerdo de mi amiga Txanona, que estaría por cumplir sus doce años en Lehen.



En la noche, después de la cena, mi madre adoptiva me pidió que acompañara a Eider a dormirse y que luego volviera porque teníamos que hablar.

Al rato volví al hogar, pero Haridian no se encontraba allí. Me llamó desde su habitación. Se encontraba recostada en su cama y me invitó a sentarme junto a ella. En su cuarto, flotaba un aroma suave que no pude identificar.

La conversación empezó por los sucesos de la noche anterior. Me contó que las sacerdotisas hermanas del Círculo esperaban muchas más *hamabineskak* y se decepcionaron al enterarse de que éramos solamente siete. Hablamos de los episodios relacionados con Hagora. Me dijo que la Sacerdotisa que la había rechazado era de las más allegadas a Guaxara, y que hubiera sido terrible para mi amiga ser adoptada por ella. Que no me preocupara por su malestar conmigo, porque Anixua era una mujer encantadora y sin dudas haría que Hagora se sintiera feliz con su nueva familia.

Luego repasamos mi llegada a la casa, la reunión de la noche y lo que había ocurrido en la jornada. Insistió en preguntarme sobre mi conformidad con el espacio que me había destinado en la habitación. Quedó complacida cuando le relaté de mi oración a Ama en el almuerzo. Me aseguró que ya iba a descubrir a un Manindar más simpático. Simplemente sonrió cuando referí a las negativas del tío Jacomar a que lo ayudara en la cocina. Dudé en contar mi pasaje por el puerto, pero finalmente me animé y ella lo recibió con naturalidad. En cambio, me pareció advertir preocupación en su rostro cuando hice el relato de mi paseo por la playa. Acordamos ir la mañana siguiente a registrarme en las *Eskuelak* de Construcción y Cultivo.

Pensé que con esto se terminaba nuestra plática, e hice el gesto de levantarme para salir de la habitación, pero ella me detuvo con su mano.

— Espera. Tenemos que hablar.

No entendí. Simplemente volví a sentarme junto a ella.

— Itahisa. Ahora somos madre e hija.

— Sí.— Traté de captar lo que me quería decir.

— Pero madre e hija por adopción. Cierto ?

— Cierto.

— Es una relación diferente a la que has tenido con tu madre de vientre, la Sacerdotisa Atissa.

— Sí.

— Bien, Itahisa, las madres de vientre tienen ciertas responsabilidades con sus hijos. Cuidarles, enseñarles, hacerlos crecer. Las madres adoptivas también, pero ya recibimos a una chica cuidada, enseñada y crecida. Nos corresponden entonces otras responsabilidades. Y de ellas tenemos que hablar.

— Sí.— Respondí, aunque no tenía claro de qué se trataba.

— Tu cuerpo ha estado cambiando, no es así Itahisa ?

— Sí.— Me alegré de tener por fin una pista.

— Tus caderas se han ido ensanchando y tus pechos están creciendo. Te estás convirtiendo en una mujer hermosa, Itahisa.

— Gracias, madre Haridian.

— Has tenido ya tu primera luna ?

— No todavía.

— Entonces, ocurrirá en cualquier momento. No estás preocupada por ello ?

— No.— Dudé un instante — Mi madre Atissa me ha dicho que no es para preocuparse.

— Bien. Y supongo que tu madre Atissa también te ha advertido que a partir de tu primera luna puedes quedar embarazada.

— Ehh ... sí.

— Sabes que para embarazarte se necesitan dos cosas, no ?

Sentí que me llevaba a un terreno poco conocido. Me resultaba algo intimidante, pero al mismo tiempo me provocaba curiosidad. Miré a los ojos a mi madre adoptiva y me sentí cómoda para confesarme con ella.

— En realidad, no lo tengo claro.

— Te agradezco que seas sincera conmigo, Itahisa. Créeme que es sumamente importante que siempre seas sincera conmigo ... sobre cualquier duda que tengas.

— Así lo haré, madre Haridian.

— Bien. Tú sabes que a partir de la primera luna las mujeres podemos quedar embarazadas. Pero ello no ocurrirá mientras no recibas el semen de un hombre en tu *natura*, al interior de tu flor. Comprendes ?

— Al interior ?

— Sí. La *natura* es la puerta de un canal que conduce a nuestro vientre. Es necesario que el *zakil* de un hombre penetre por ese canal y deje su semen para que pueda producirse un fruto en nuestro vientre ...

— Penetre ... totalmente ? — La interrumpí. Haridian sonrió.

— Totalmente, Itahisa. Supongo que has visto alguna vez el *zakil* de un hombre adulto en su esplendor, no es así ?

Aunque desde niña había visto muchos hombres bañándose en las playas y en los ríos, no estaba segura de la respuesta.

— Sí. Pero ...

— Dime cuál es tu duda, Itahisa.

— No me parece que un *zakil* pueda entrar ... totalmente ... en mi canal.

Haridian volvió a sonreír.

— Créeme que nuestra flor cuando está bien estimulada se abre en forma sorprendente. Y que tu canal se adaptará para recibir un *zakil*. Es algo que también nuestro cuerpo va aprendiendo con el tiempo.

— Claro.— En realidad no me resultaban convincentes las afirmaciones de mi madre adoptiva.

— Podemos seguir ?

— Sí.

— Bien. Tú eres la mayor entre los hijos de la Sacerdotisa Atissa. Puedes decirme qué edad tenía ella cuando tú naciste ?

— Veinticuatro años.— No tuve que hacer el cálculo porque sabía la respuesta de memoria.

— Mi hija mayor tiene diecisiete. Puedes decirme a qué edad tuve yo a mi primera hija ?

— A los ... veintiuno ?

— Exacto. Entiendes lo que te estoy mostrando ?

— No.— Admití.

— Tu madre y yo tuvimos nuestro primer hijo recién a los veinticuatro y a los veintiún años. Pero tuvimos nuestra primera luna a los doce. Luego estuvimos entre nueve y once años sin quedar embarazadas. Te das cuenta ?

— Sí.— Atiné a responder, aunque me sentía perdida.

— Tu madre de vientre y yo decidimos entonces no tener hijos hasta cumplir los veinte. No sólo tu madre Atissa y yo. Si prestas atención verás que la mayoría de las mujeres atlanteanas hemos hecho lo mismo.

Calculé rápidamente las edades de las madres al nacer mis amigas Hagora y Txanona.

— La madre de mi amiga Hagora la tuvo a los dieciocho.— Informé en contrario.

— Dieciocho está bien. No es lo mismo que trece o quince, me entiendes ?

— Sí ... No.

Haridian me miraba expectante.

— Quiero decirte, Itahisa, que en Atlantis las mujeres postergamos nuestro primer embarazo, para cuando hayamos finalizado nuestra *Eskuela* de Navegación y el crecimiento de nuestro cuerpo haya llegado a su máximo.

— Sí ... Pero ...

— Sabes cómo hacemos para no quedar embarazadas hasta los dieciocho o los veinte ?

La respuesta me pareció obvia.

— No dejar que un *zakil* entre totalmente y deje su semen.

Mi madre adoptiva hizo un esfuerzo para no reírse. Me sentí avergonzada.

— Itahisa, — dijo ella con ternura — sí, esa podría ser una forma, pero ninguna mujer se privaría de ese placer hasta los veinte años.

— No entiendo.— Admití con cierta amargura.

— Por eso estamos teniendo esta conversación.— Se la veía contenta.— Primero. Debes saber que las mujeres tenemos un ciclo de fertilidad entre una luna y otra. Cada una de nosotras tenemos nuestro calendario. Deberás aprender a conocer tu calendario, Itahisa, contando los días que transcurren desde que aparece tu sangre hasta que deja de caer y luego los días hasta que vuelve a venir. Es importante que tu aprendas a hacer eso, me sigues ?

— Sí.

— Bien. Pongamos mi ejemplo, — señaló hacia su *natura* — mi ciclo se extiende por veintiocho días, desde que baja mi sangre hasta que llega la siguiente. En este momento faltan tres o cuatro días para mi próxima luna. Yo sé eso porque llevo la cuenta. Van veinticinco de mi luna anterior. Entonces, yo sé que si esta noche ofrezco mi flor a un hombre no quedaré embarazada. Ni hoy, ni mañana, ni en los próximos quince días

— Cómo ... lo sabes ? — Aquello me resultaba difícil de aceptar.

— Porque las mujeres sólo somos fértiles, sólo podemos quedar embarazadas entre el día doce y el día dieciocho de nuestro ciclo.

— Cómo ... ?

— Sí, Itahisa. Eso es lo primero que debes saber al hacerte mujer.

En mi cabeza tuve una mezcla de sensaciones. Me resultaba poco comprensible que mi madre Atissa nunca me hubiera hablado de los ciclos de las lunas y los días de fertilidad. Por otra parte, me daba cuenta que Haridian se veía sumamente preocupada por que yo lo entendiera, y eso me inclinaba a creerle.

— Sólo seis días ...— pregunté — entre luna y luna ?

- Exacto, Itahisa, siete en realidad, si contamos el día doce y el día dieciocho.
- Y los demás días ...
- Los demás veinte, veintiuno o veintidós no somos fértiles. No quedaremos embarazadas al recibir semen en nuestro vientre.
- Y sólo en esos días fértiles ...— traté de completar la idea.
- En esos días fértiles procuramos no recibir semen, si no queremos quedar embarazadas. Para ello cuidaremos de no dejar entrar el *zakil* del hombre con quien estemos. Eso no quiere decir que no podamos gozar con él, ni que evitemos complacerlo. Simplemente no lo dejamos entrar. Y haremos lo contrario más tarde, al cumplir dieciocho o veinte años, cuando sí queramos tener hijos. Lo entiendes bien ?
- Sí.— Acepté, aunque aquello seguía siendo algo oscuro.
- Pero podría ocurrir un accidente.— Agregó Haridian para mi mayor confusión.
- Accidente ?
- Sí. Un accidente. Una distracción, un momento en el que perdemos el control. Puede ocurrir.
- No entiendo.— Volví a confesar.
- Si llega a ocurrir, Itahisa, escúchame bien, si llegas a recibir semen en tu vientre en tus días fértiles, es posible que tu siguiente luna no llegue. Porque la sangre no caerá mientras estés embarazada. La primera noticia que tendremos de que estamos por formar un bebé en nuestra panza es esa. Que la siguiente luna no llegue.— Mi madre adoptiva endureció la voz.— Si tu luna se atrasa, Itahisa, tendrás que decírmelo inmediatamente. Es tu deber como hija adoptiva. Prométemelo.
- Me parecía un poco excesivo y lejano todo aquello, pero entendí que no tenía chance de discutirlo.
- Lo prometo, madre Haridian.
- Por segunda vez interpreté que la extensa conversación con mi nueva madre había terminado. Por segunda vez me equivoqué.
- Mi otra responsabilidad como madre adoptiva, Itahisa, es acompañarte a tu Ceremonia de Iniciación.
- Tampoco había oído de aquello. Me sentí un poco abrumada por la cantidad de información de la que carecía.
- Qué es la Ceremonia de Iniciación ?
- Ya verás, será algo divertido. Pero falta un tiempo. La haremos en la próxima Fiesta de Egu.
- Me dirás en qué consiste ?
- Sí. Pero en otro momento. Ahora es tarde. Por hoy ha sido suficiente, no te parece ?

— Sin dudas.— Fui sincera.

— Vamos a dormir ?

Estuve de acuerdo.



Varias veces repasé mentalmente aquella charla con mi madre adoptiva durante los días siguientes.

Muchas cosas no me quedaban del todo claras. Qué sería esa Ceremonia de Iniciación ? Por qué era tan importante reportar inmediatamente de un eventual atraso en mi luna ? Por qué nunca había oído hablar de tiempos de fertilidad ? Por qué podría ocurrir un accidente ? Sería un problema tan serio tener hijos antes de cumplir los dieciocho ? Entraría realmente un *zakil* en mi canal, como había asegurado Haridian ? Sería algo tan bueno como para que ninguna mujer quisiera privarse de ello ? Cuándo se le pasaría el enojo a mi amiga Hagora ?

Todas aquellas preguntas me generaban cierto desánimo. No esperaba que a mis doce años y luego de mudarme de ciudad, fuera a encontrarme con tantas dudas. Y sin amigas para compartirlas. No tenía noticias de Hagora, ni de Sutziake, ni de Gazmira. Haridian no parecía dispuesta a retomar las pláticas, ni volvió a quedarse sola en las noches. Sentí que extrañaba a mi madre Atissa y a mis hermanos. Y a mi amiga Txanona.

Los días que siguieron me resultaron larguísimos. Jugaba con la pequeña Eider en las mañanas y de a poco el tío Jacomar me fue permitiendo realizar pequeñas tareas en la cocina. Pude cambiar algunas frases con Manindar, quien parecía irse acostumbrando a mi presencia. Por las tardes paseaba por Sexta, sin encontrar alguien conocido. En las noches, hilaba lana para confeccionarme abrigos, porque había traído escasa ropa de *negu* y hacía bastante frío.

Una de esas tardes fue excepcionalmente cálida. Desde lejos noté que había gente en la playa y me acerqué. Varias rondas de jóvenes conversaban y otros jugaban a la pelota en la arena. Caminando entre ellos encontré a Gazmira acompañada de un joven algo mayor. Nos saludamos y ella me presentó a su hermano de adopción. Su nombre era Baraso. Tenía catorce años, era alto, parecía tímido y me resultó agradable. Gazmira me dibujó en la arena un mapa para llegar a su casa y a la de Sutziake. Puse mucha atención en memorizarlo. Gazmira tampoco tenía noticias de Hagora. Estuvimos de charla hasta que el sol empezó a bajar. En el *negu* los días son más cortos y yo no llevaba mi lámpara, de modo que me despedí de ellos, contenta de haber podido tomar contacto con alguien de mi edad.



Al regresar, me esperaba otra sorpresa. Anixua y Hagora estaban en mi casa. Haridian las había invitado a cenar. Hagora se alegró al verme llegar y nos abrazamos. Ella me pidió disculpas por su comportamiento, pero yo también me sentía culpable de lo que había ocurrido y se lo dije. Me sentí sumamente aliviada.

El tío Jacomar no estaba y Haridian preparaba la comida, asistida por Manindar. Anixua jugaba con Eider y eso nos dio la oportunidad de ponernos al día con mi amiga. La llevé al dormitorio. Teníamos tanto de qué hablar ! De nuestras nuevas madres y

hermanos. De los arreglos para iniciar las *Eskuelak*. De los desafortunados sucesos de la Ceremonia de Recepción. De ciclos, lunas e iniciaciones.

Pero ella no parecía interesada en lo mismo que yo. Hagora estaba realmente encantada con su nueva familia. No cesaba de elogiar a su madre Anixua. No dio muestras de haber estado preocupada por motivo alguno. Ni de haber extrañado su ciudad natal, ni tampoco a mí. Por segunda vez consecutiva, tuve la extraña sensación de que habiendo venido a la misma ciudad, en realidad estábamos en mundos diferentes.

Nuestras madres nos llamaron para cenar y fuimos a sentarnos a la mesa. Pude verificar que Anixua era una mujer tan interesante como me habían anunciado. Era hermosa, elegante y acertada en sus dichos. Hizo comentarios graciosos que denotaban conocimiento de nuestras familias de origen y de nuestra infancia en Bosteko.

Cuando habíamos comido, Haridian dio indicaciones a Manindar para que él y Eider fueran al cuarto de dormir. Luego que quedamos las cuatro en la mesa, mi madre adoptiva inesperadamente se dirigió hacia mí.

— Itahisa, creo que nos debes una explicación.

No me di cuenta de qué hablaba.

— Una explicación ?

— Sí. A la Sacerdotisa Anixua, a tu amiga Hagora, y a mí.

Dudé un instante, mientras sentía que el pecho se me agitaba.

— Acerca de ?

— Creo que lo sabes. Acerca del aro de plata que diste a Hagora en la Recepción.

Vi caras inquisitivas y serias en mis tres interlocutoras. Procuré ordenar mi mente.

— Es una historia larga.— Dije al fin, tratando de aparentar calma.

— Estamos aquí para escucharla, Itahisa.— Intervino Anixua.

Inicié entonces el relato del plan que Txanona y yo habíamos acordado en las rocas, frente al puerto de Lehen. Cuando ella me había pedido que la ayudara a cumplir su sueño de emigrar a Islas Castigadas. Que para ello debíamos acceder a mi abuela Iruene en Hiru. De lo fácil que había sido persuadir a nuestras madres para que Txanona se sumara al viaje. De su promesa de darme su aro de plata en agradecimiento si es que lograba su objetivo, porque en Islas Castigadas no lo iba a necesitar. Que dado que no vendría a Sexta conmigo, podría ser una posibilidad para Hagora. Porque yo sabía que Hagora no tenía aro de plata, aunque su madre era cercana a la mía. Dárselo era una forma asegurar que Hagora fuera adoptada en una casa del Círculo y pudiéramos acompañarnos en Sexta.

Anixua mordía una sonrisa, Haridian me miraba con severidad, y los labios de Hagora se movían sin pronunciar sonido.

Resumí la conversación con mi abuela en la *Biltzara* de Hiru. De cómo ella se había dispuesto a hablar con la madre de Txanona y de cómo la tercera parte del plan requería un par de confirmaciones. La de mi madre Atissa de invitar a Vilda, la madre de Hagora a integrarse al Círculo en cuanto ella ingresara a la Alta *Eskuela*, y la de Txanona de que viajaría a su destino soñado. Cuando estuvieron, hicieron el final prometido. Txanona me había enviado por barco su argolla del delfín. Y yo la había traído a Sexta para colgarla del cuello de Hagora en la Recepción.

Hice una pausa y se produjo un tenso silencio en la mesa. De modo que continué.

— Hice mal en no haber explicado todos estos detalles a mi madre Atissa, lo sé. Y además debí haber prevenido a Hagora sobre lo que implicaba portar el aro en la Ceremonia. Ya le he pedido disculpas por ello y lo vuelvo a hacer delante de ustedes.

Otro silencio.

— De mi parte, — habló Anixua — me siento satisfecha por las explicaciones que nos ha dado Itahisa.

— Lo que habéis hecho, tú y tu amiga Txanona, — estableció Haridian — es realmente grave. Habéis cambiado el destinatario de un símbolo del Círculo sin solicitar autorización. Y jugado con la confianza de nosotras. Y aunque afortunadamente no ocurrió, pudo haber tenido un resultado terrible.

La sentencia de mi madre adoptiva me sonó exagerada, pero no la discutí.

— Recién entiendo lo que pasó, Itahisa. Lamento haberme enojado ... tanto ... contigo.— complementó Hagora.

— Yo también ... lo lamento ... digo ... me disculpo ...

— Itahisa, no volverás a hacer algo así sin consultarnos, verdad ? — Anixua vino en mi rescate.

— No lo haré. Lo prometo.

— Devolverás el aro a su original dueña ? — preguntó Haridian.

— No.— supliqué — No puedo hacerlo. Mi amiga Txanona lo tomaría como una ofensa.

— Entonces, Itahisa, me lo darás a mí. Y yo se lo transferiré a Hagora si el Círculo lo autoriza. Y si Hagora está de acuerdo.

Hagora asintió. Anixua aprobó. A mí no me pareció tan mala resolución. Fui a buscar el bolsito de cuero y se lo entregué a mi madre adoptiva.



En preparación del inicio de cursos, le propuse a Hagora conocer las *eskuelak* de Cultivo y de Construcción. Los edificios eran sencillos, con hileras de salones flanqueados por galerías. La *Eskuela* de Construcción se hallaba próxima a la cantera, donde los trabajadores, utilizando hamacas de distintos portes, cortaban y alisaban bloques de piedra, para obtener losas y adoquines. La *Eskuela* de Cultivo estaba aun

más al norte, ya en la zona de terrenos agrícolas de la ciudad, rodeada de huertas, maizales y campos con variedad de árboles.

Haridian nos explicó el funcionamiento de las *Eskuelak*.

Cualquier *maisú*, desde los quince años de edad, puede iniciarse como ayudante docente en la *Eskuela* tras haber demostrado en la práctica su habilidad para enseñar. Pero recién obtendrá el grado de Profesor cuando lo haya hecho durante seis años. Los profesores están a cargo de los cursos y evalúan a los *maisúak* que empiezan a enseñar. A su vez, son electores del Consejo de la *Eskuela* y del Decano. La jerarquía entre docentes se establece por méritos obtenidos o evaluados en la propia *Eskuela*. No tiene más mérito una Doctora o una Sacerdotisa que recién llega a la *Eskuela* que alguien que ya es Profesor.

El Decano o director de la *Eskuela* se elige por todos los profesores. Hay que tener doce años de docencia para ser elegible. Haridian podría ser electa Decana en Navegación por haber ingresado como ayudante docente a los dieciocho, o sea, llevaba veinte años enseñando en la *Eskuela* y catorce como Profesora. En las Doce *Eskuelak* no hay diferencias de méritos entre hombres y mujeres. Existen muchos hombres profesores y algunos han llegado a Decanos. Por el contrario, a la Alta *Eskuela* no ingresan los hombres, ni en la difícil eventualidad de que hayan completado sus doce *maisutzak*.

Todas las *eskuelak* funcionan a doble turno. Los alumnos pueden cursar de mañana o de tarde, de modo que les sea posible asistir a dos *eskuelak* simultáneamente. En general los ayudantes y los Profesores trabajan en un solo turno. Muchos profesores dan clases en dos *eskuelak* y algunos trabajan en su oficio, en el turno opuesto al que hacen docencia.

Pocos adultos en Atlantis dedican la jornada entera a un mismo oficio. O trabajan media jornada y se quedan en sus casas con los niños la otra media jornada, o trabajan en dos oficios. Los navegantes y pescadores tienen un régimen distinto. Un día de descanso por cada día que hayan estado en el mar.



Fuimos con Hagora a conocer las casas de Gazmira y Sutziake. Y las cuatro juntas a recorrer Sexta.

En uno de esos paseos las llevé a la colina, a enseñarles los campos delimitados, donde supuestamente construiríamos nuestras *etxeak*. Allí nos alegramos de encontrar que estaban cavando un pozo, que sería el depósito de agua de uno de los campos. Los trabajadores no supieron confirmarnos si aquel campo estaba destinado a nosotras. Igualmente festejamos dando vueltas alrededor del pozo y disfrutando de la hermosa vista de la ciudad.

Más tarde conduje a mis tres amigas a través del bosque y les mostré el Club de las Sacerdotisas de Sexta. Hacía frío y nadie se veía en los jardines. A falta de evidencia visual, relaté la escena que habíamos presenciado en mi primera visita a Sexta junto a las explicaciones que mi madre Atissa había aportado. Todas quedaron sorprendidas. Gazmira y Hagora empezaron a fantasear con visitar alguna vez el Palacio. Sutziake se burlaba de ellas, describiendo la forma en que un enorme sirviente desnudo las iba a expulsar violentamente en cuanto ellas tocaran la puerta de entrada. Regresamos a nuestras casas riéndonos de las situaciones imaginarias más absurdas.

Pasados siete días desde la Fiesta de Elkar, volví al puerto y mandé un regalo a mi amiga Txanona por sus doce. Un caracol recogido en la arena de la playa de Sexta.



Unas noches después, mi hermano de adopción también cumplía doce. Con ese motivo tuvimos una nueva reunión en la casa. Quedé consternada al enterarme que Manindar en realidad era de la misma edad de Txanona y apenas menor que yo. Siempre lo había visto como a un niño.

En la fiesta, me dediqué a colaborar con el tío Jacomar para que todos estuvieran bien atendidos. Y a la vez a conocer a los amigos varones de Manindar. Uno de ellos fue amable conmigo y advertí varias veces que me miraba. Era simpático y de bonito rostro, parecía mayor que mi hermano, aunque supe que también tenía doce años. Su nombre era Guadarteme, que significa "nos alertamos". Su físico no era espléndido como el de Baraso, el hermano de Gazmira, pero parecía mucho más ... despierto.

Cuando el cumpleaños hubo terminado, ayudé al tío Jacomar a limpiar y a ordenar la casa. Él me indicó que me fuera a dormir y puso a calentar un caldero para preparar el baño de mi madre Haridian, quien gustaba de bañarse en las noches.

Al ir a acostarme pasé por al lado de Manindar y Eider que ya dormían. Apagué mi lámpara pero me costó conciliar el sueño. Pensaba en Txanona, en Manindar y en su apuesto amigo Guadarteme... Percibí risas provenientes de la cabina de baños. Seguramente eran de Haridian mientras el tío la enjuagaba con jarros de agua tibia del caldero. Sentí algo de envidia porque hacía años desde la última vez que alguien me había ayudado a bañarme. Desde entonces lo había hecho sola, con la única excepción de la noche de la llegada a Sexta, cuando había debido asistir a mi amiga Hagora que se encontraba mareada... Me pregunté si Manindar estaría afín a presentar a Guadarteme a mis amigas, y ello podría dar lugar a hacer lo propio con los hermanos de ellas. Una reunión de *hamabineskak* y hermanos de adopción podría ser prometedora... Escuché que Haridian y el tío Jacomar entraban a la casa... Podría ser una oportunidad para volver a ver a Baraso, a Guadarteme y quizás al hermano de Sutziake, cómo se llamaba ? Si al menos hiciera calor, sería fácil encontrarnos todos en la playa. Incluso bailar, pero era improbable con estas noches tan hostiles. O podríamos inventar un motivo para reunirnos en una casa... Empecé a oír suaves gemidos provenientes del cuarto de mi madre adoptiva. Parecían de disfrute. El tío estaría complaciéndola. Un silencio. Recordé las palabras que ella me había dicho: "yo sé que si esta noche ofrezco mi flor a un hombre no quedaré embarazada. Ni hoy, ni mañana, ni en los próximos quince días". Ello provocó mi curiosidad sobre la actividad en la habitación contigua. Estaría ella ofreciendo su flor al tío ? Calculé que hacían catorce días de aquella conversación... Volvieron a escucharse los gemidos, esta vez más fuertes. Imaginé a ambos abrazados y al tío introduciendo su *zakil*, lentamente y con esfuerzo, en el canal de mi madre adoptiva. La imagen no me resultaba agradable. Pese a ello tuve una extraña sensación, un cosquilleo, ahí abajo, en mi flor.



Transcurrían las frías noches del *negu* y yo seguía con algunas preguntas pendientes para mi madre Haridian.

Pensé en compartir con Hagora mis inquietudes, pero resolví no hacerlo. No me hallaba cómoda con mi vieja amiga. Una mañana salí de la casa sola, sin rumbo

prefijado. Faltaban ocho días para el inicio de los cursos. Podría ser una excusa para hacer una reunión de *hamabineskak*, hermanos y amigos.

Sin pensarlo mucho, llegué a lo de Sutziake y la invité a dar un paseo. Aceptó de buen humor y fuimos a caminar juntas. Le conté mi proyecto y lo tomó como propio. Pediría autorización a su madre, Nekane, para que pudiéramos hacer la reunión en su casa.

Le pregunté por su vínculo con su madre adoptiva, aunque ya sabía que era bueno. Sutziake me habló de lo sorprendida que estaba con el relacionamiento con su nueva madre. Rápidamente entramos a los asuntos que me interesaban. Conversamos acerca de lunas, embarazos e iniciaciones. Teníamos casi las mismas certezas y también coincidíamos en las incertidumbres. Ella había tenido una charla similar con Nekane, incluyendo la advertencia sobre el atraso de la luna y el anuncio de la Ceremonia de Iniciación en la Fiesta de Egu. Su madre adoptiva le había pedido que no hablara al respecto con Gazmira, pues las del Círculo haríamos una Iniciación distinta a las de la Serpiente. Que aparentemente sería una reunión nocturna de mujeres, en el bosque, en la que sólo participaríamos *hamabineskak* y sacerdotisas.

Sutziake me acompañó al puerto en busca de alguna noticia de Txanona. Ubicamos al *txalupari* que había aceptado llevarle mi regalo, y él tenía un mensaje de respuesta. Ella había dicho: "Lo llevaré conmigo. Partiremos veinte días después de Ama".



Por fin se dio la oportunidad de una segunda charla con mi nueva madre. Le propuse hablar una noche que el tío Jacomar se encontraba de viaje y ella accedió gustosa. Al igual que la vez anterior, me pidió que fuera a su cuarto cuando Manindar y Eider estuviesen dormidos. Al entrar reconocí aquella complejidad de aromas particulares del dormitorio.

Empecé por la anunciada Ceremonia de Iniciación. Ella no quiso darme más datos. Insistió en que aún faltaba mucho tiempo para la Fiesta de Egu, y que ya tendríamos ocasión para hablar de ello. Luego me animé a preguntarle por los temas que más me preocupaban, la cuestión contradictoria entre no negarse al placer, la postergación deliberada de los embarazos y la necesidad de denunciar urgentemente si ocurriese un atraso en mi luna. Omití referirme a lo que había escuchado la noche del cumpleaños de Manindar.

Haridian comenzó por el asunto de los embarazos. Volvió a decirme que las mujeres atlanteanas preferimos no tener hijos hasta los dieciocho, porque es cuando nuestro cuerpo está totalmente desarrollado, y eso nos hará más fácil la gestación y el parto. Además de que ya habremos hecho nuestra *Maisutza* en Navegación y tendremos nuestra *etxea*, nuestros amigos y amigas para acompañarnos. Que entre los veinte y los treinta y cinco es la mejor edad para recibir hijos, porque se requieren energías que son propias de esas edades. Que podría tener todos los hijos que quisiera en esos años. Aunque en general las mujeres en Atlantis tienen entre cuatro y cinco.

Me preguntó cuántos hijos quería tener yo. Le respondí que seis. Ella sonrió y me tomó la mano. Me aseguró que podría perfectamente traer seis hijos al mundo entre los veinte y los treinta y cinco años. Quedé conforme con ello.

Haridian continuó. Afirmó que nuestro cuerpo tiene que estar preparado para empezar a formar un bebé, y que si no lo está el embarazo se interrumpirá. Que ese es un hecho natural dispuesto por la Diosa Ama. Pero que Ama también nos dio a las mujeres la

posibilidad de decidir si estamos o no preparadas. De no sentirnos prontas y bien dispuestas a hacerlo, es mejor no hacerlo. Si nuestra mente y nuestro vientre dicen cosas diferentes, debe primar nuestra mente. Y en tal caso le avisamos a nuestro vientre que no siga adelante. Como le avisamos a nuestros pies que no sigan adelante en un camino peligroso. Pero eso sólo se puede hacer en los primeros días de un atraso en nuestra luna. Y en pocas situaciones. Sólo cuando accidentalmente hayamos permitido que el semen ingrese en nosotras en días fértiles.

— Le avisamos ?

— Sí, Itahisa.— Haridian sostenía mis manos sobre su rodilla.

— Cómo le avisamos ? — Insistí.

— Bebiendo una infusión, una preparación de hierbas.

Aquello me resultó inesperado.

— Y qué ocurre entonces ?

— Simplemente el embarazo no da comienzo. Vendrá la sangre y seguirá tu calendario.

Tardé un momento en procesar la insólita afirmación.

— Y ... por qué no hacemos siempre eso ? por qué hay que cuidar de no dejar entrar el semen en nuestros días fértiles ?

— Porque nuestro vientre terminará por desobedecernos, Itahisa. La infusión dejará de ser efectiva luego de tres o cuatro veces que la usemos.

— Y en ese caso ? Si no es efectiva ?

— En ese caso ... llevaremos nuestro embarazo con orgullo. Tendremos nueve lunas para prepararnos a recibir nuestro hijo con alegría.

Me quedé un rato en silencio. Mi madre adoptiva simplemente sostuvo sus manos en las mías. De a poco, las explicaciones empezaban a cerrar.

Pero necesitaba algo más para despejar mis dudas. Me animé a preguntarle.

— A ti te ha pasado ?

Haridian sonrió.

— Cuál cosa ?

— Tener ... accidentes, beber la infusión.

— Claro que sí, Itahisa. Creo que no te miento si te digo que a la mayoría de las mujeres nos ha pasado.

Me sentí más tranquila. Una sensación de calma se fue adueñando de mí. Me incliné a buscar el abrazo de mi madre adoptiva. Y ella me interpretó con generosidad,

rodeándome con sus fuertes brazos y besando mi cabeza. Pasamos así un momento, abrazadas.

Hasta que ella, adivinándome, dijo.

— Tienes más preguntas todavía, no es cierto ?

— Cómo lo sabes ?

— Lo percibo acá.— Dijo tocando su pecho y arqueando sus cejas.

Me causó gracia. Y me sentí cómoda para continuar la charla. Volví a sentarme frente a ella y crucé mis piernas sobre la cama.

El camisón de dormir de Haridian revelaba sus músculos, moldeados durante años de navegación. El cabello del color de la miel caía suave sobre sus fornidos hombros. En su rostro algo duro, había ternura. Su expresión era de expectativa ante mi siguiente pregunta.

— Cómo se siente ?

— Perdón ?

— Un *zakil*, en tu canal, cómo se siente ?

Ella rió.

— Rico, Itahisa, ya verás. Quizás no la primera vez, o la segunda. Pero no te preocupes por ello. Se aprende.

— No me dolerá ?

— No debería. Pero es importante que quieras hacerlo. Que realmente lo desees. Si no lo deseas, Itahisa, no lo hagas. También es importante que el hombre sea comprensivo y sepa esperar. Que sea cariñoso contigo Itahisa, y con tu flor. Que se dedique a tu flor para que ella se abra. Si no lo hace, enséñale, y si no aprende a hacerlo, no te merece.

— Enseñarle ?

— Claro. Enseñarle. Mostrarle cómo le gusta a tu flor ser tocada.

— Y si no sé enseñarle ?

Mi madre adoptiva pareció sorprendida. Me miró un instante sin responder. Por primera vez noté que dudaba.

— Itahisa. Perdona. Quizás fui rápido. Tienes razón. Para poder enseñarle tienes que haber aprendido tú a hacerlo.

— No entiendo.

Volvió a mostrarse pensativa.

— Ahora tengo yo que hacerte unas preguntas, de acuerdo ?

— De acuerdo.

— Estando sola, no has alguna vez jugado a tocar tu flor ?

— Claro.

Noté que respiró aliviada.

— Entonces tienes una idea de cómo te gusta ser tocada, no ?

No me pareció tan obvio.

— Pero nunca vi que se abriera como para que entre un *zakil*.

— Está bien. Lo que importa es que tú estés disfrutando. Si estás disfrutando, tu flor se humedecerá y será fácil que un *zakil* pueda entrar si así lo quieres. De esa forma sabrás si tu canal está preparado.

No me dejó satisfecha esa explicación. Otra vez ella me adivinó.

— No quedaste conforme, verdad ?

— No.

— Bien. Dime. Alguna vez has sentido una sensación intensa, placentera, ahí en tu flor ?

— Sí.— Afirmé sin dudar —. Varias veces. Pero nunca ... dentro de mi canal.

Haridian puso una cara que parecía comprensiva.

— Bien. El modo en que tú más disfrutes será algo que sólo tú podrás ir descubriendo. Lo único que yo puedo hacer es enseñarte mi modo de disfrutar mi flor. Puede servirte como ejemplo. Pero no necesariamente será igual para ti.

— Entiendo.

— Qué tal si te muestro ?

Me provocó curiosidad. Nunca había visto desnuda a mi nueva madre. No esperaba una demostración de ese tipo, pero me resultó interesante.

Ella arqueó el cuerpo para levantar su camisón hasta la cintura. Me acomodé para asistir a aquella inesperada deriva de la charla. Se recostó y separando sus piernas me ofreció una vista completa de su *natura*.

Su tamaño, variedad de colores y complejidad de pliegues me fascinaron. Estaba coronada por un arbusto de color más oscuro que su cabello.

Con sus manos, suavemente separó los pétalos, dejando a mi vista la entrada de su canal. Llegó a mi olfato una versión intensa de uno de los aromas que distinguían la habitación.

— Itahisa, saluda a mi flor. Dile algo bonito para que esté contenta.

Me reí.

— Hola flor de Haridian, qué linda que eres.— Dije fingiendo una voz infantil.

Con los dedos, ella hizo mover los pétalos de su flor simulando los labios de una boca.

— Hola Itahisa, tú sí que eres hermosa.

— Muchas gracias, flor de Haridian, eres amable.

Empezó a acariciarse apenas rozando sus muslos y caderas. Luego rodeando el entorno de su *natura*.

— Qué opinas Itahisa ? Te parece que ella está contenta ?

— No lo sé.— Me causó gracia y extrañeza su pregunta.

— Es fácil de saber. Si hay humedad está contenta. Si está triste está seca.

— Está ... contenta ... creo.

Ella pareció no escucharme.

— Si no hay humedad, debes ir a buscarla, entiendes ?

No entendí.

Haridian se llevó una mano a los labios. Buscó mi mirada. Introduciendo dos dedos en su boca los lamió. Retornando a la entrepierna, untó con saliva los altos pliegues de su flor.

— Si no hay humedad, debes ir a buscarla, entiendes ? — Insistió.

— Sí.— Dije esta vez.

Sus dedos siguieron describiendo suaves movimientos circulares. Reconocí una sensación punzante en mi propia *natura* y tuve el impulso de imitarla. Pero ella tenía una idea diferente. Delicadamente tomó mi mano.

— Mi flor estaría encantada de que la toques, Itahisa. Quieres hacerlo ?

No era lo que estaba queriendo hacer precisamente. Dudé un instante mientras una vibración sacudía mi pecho. Repentinamente sentí deseos de tocar aquella flor, adulta, exótica, intrigante.

— Quiero.— La voz me salió temblorosa.

Haridian condujo lentamente mis dedos a su flor. Los hizo pasear por encima de sus valles y montañas, hasta que mis yemas tomaron contacto con aquellos pliegues rosados, calientes, y húmedos. Repitió los movimientos anteriores, ahora usando mis dedos.

— Si no hay humedad, debes ir a buscarla, entiendes ?

No contesté. Me aturdían sensaciones que iban de mis dedos a mis pechos, que luego bajaban a mis pies, para volver a subir y chocar con otras que bajaban.

— Aquí está nuestro centro de placer, Itahisa. Debes jugar con él, acariciarlo, rodearlo, despacio. Está escondido en su capullo, lo ves ?

Entendí a qué se refería. El mío propio se estaba despertando en su capullo, solicitando ser atendido. Tuve que usar mi otra mano para presionar mi propia flor.

— Eso... — aprobó ella.— hazlo tú también, Itahisa.

Recogí mi falda y apoyé una pierna en la cama para tener acceso a mis partes. Al primer contacto, la sensación fue agradable. Imité sus movimientos. Mi *esku-erra* copiaba las maniobras no voluntarias de mi *esku-ona*. Haridian me hizo dibujar caprichosas curvas en sus pétalos, para que lo mismo pudiera transmitir a mi flor. Por momentos me sentía perdida y no lograba coordinar mis manos.

Ella lo notó. Soltó mi mano. Me invitó a ponerme cómoda en su cama y me acosté a su lado. Cerré mis ojos y disfruté de tocarme. Me permití gozar por unos instantes sin reparar en la cercanía de mi madre adoptiva, quien vigilaba mis disfrutes en silencio sin dejar de acariciarse.

Mi flor estaba contenta. Extendí la humedad por mi centro de placer como ella lo había mostrado un momento antes. Me abandoné a las deliciosas sensaciones que recorrían mi cuerpo, hasta que me sentí agitada y tuve el impulso de detenerme a descansar.

Dejé a mi cuerpo relajarse, por un tiempo, en silencio. Luego abrí los ojos para encontrarme con la mirada sonriente y calma de Haridian.

— Hola Itahisa, cómo has estado ?

— Eh ... bien.— Respondí divertida.

— O sea que no tienes más preguntas por esta noche.

Tuve que hacer un esfuerzo por recordar las cuestiones que me habían llevado a su dormitorio aquella noche. Volví a sentarme en la cama.

— Aún no logro entender cómo algo tan grande puede entrar en un lugar tan chico.— Repliqué para no darme por satisfecha.

Haridian volvió a sonreír. Luego extendió frente a mí los dos dedos más largos de su mano.

— Grande como ... esto ? — Preguntó con picardía.

Los dedos de Haridian me parecieron realmente grandes.

— Sí, por ejemplo.— Acepté.

Ella llevó sus dedos a su flor y los hizo circular en la entrada de su canal. Luego, aparentemente sin esfuerzo, los introdujo en su interior. Observé atónita cómo desaparecieron dentro de ella. Se entretuvo un momento en su juego, sin dejar de atender mi asombro. Entonces sin esfuerzo alguno, los sacó de su escondite.

— Será fácil, Itahisa, no te preocupes.

No respondí. Estaba impactada por la escena que había visto. Por la forma tan sencilla en que ella había entrado y salido de sí misma. Ella intentaba leer mis pensamientos por la expresión de mi cara.

— Aún tienes dudas, no es así ?

— Sí.— Reconocí.

— Quieres hacer una prueba ?

No entendí de qué hablaba. Ella tomó mi mano y eligió dos de mis dedos. Volvió a guiarlos a la entrada de su flor.

Entonces supe que me estaba invitando a entrar en su canal. Mi pecho volvió a acelerarse. Ella aguardaba con tranquila expectativa mi decisión.

— Quieres que ... lo haga ? — Pregunté con timidez.

— Claro, Itahisa. Me encantaría. Tú quieres hacerlo ?

Asentí con mi cabeza pero no moví mis dedos. Ella los apoyó en su húmeda y rojiza entrada. Allí los hizo girar suavemente. Y en un rápido empuje los hizo entrar. Mis dedos desaparecieron completamente. Sentí que varias lenguas los lamían en aquel desconocido recinto. Tuve un instante de pánico y quise sacarlos de allí, pero ella sujetó mi mano.

— Muévelos.— me pidió — muévelos dentro, por favor.

No creí que fuera posible. Pero lo intenté. Para mi asombro las paredes de aquella cueva eran flexibles y cedían a la presión de mis dedos.

Fui relajando mis prevenciones. Había algo fantástico en experimentar las posibilidades de mover mis dedos en aquella misteriosa cavidad.

La presión sobre mi mano se aflojaba. Hasta que quedó libre para salir de su encierro. Pero no me animé a sacarla. Haridian, con los ojos cerrados, no hablaba. En un momento pareció despertarse. Con suavidad retiró mi mano. Mis dedos estaban recubiertos de sus jugos.

Sus ojos expresaban deleite. Incorporándose recuperó el habla.

— Dime, Itahisa. Has visto algo que no hubieras visto antes ?

— Sin dudas, madre Haridian.— Admití con sinceridad.

— Gracias, Itahisa. Mi flor está agradecida con las caricias que le has dado. Por esta noche no tienes que ir a tu cama. Puedes quedarte en la mía si quieres.

Evalué la invitación. Jamás había dormido en la cama de mi madre en Bosteko. Y siempre había deseado hacerlo. Por otra parte me sentía sumamente nerviosa y agitada. No podía dormirme así. Volví a sentarme en el borde de la cama.

— Estoy ... inquieta.— Murmuré.

— Es natural que estés inquieta, Itahisa. La pregunta es si estarás más cómoda en tu cama o en la mía.

— No estoy segura.— Confesé.

— Entonces quédate aquí.— Con una palmada señaló el lugar y se hizo a un lado.

Me acosté. Hallaba cierta extrañeza en aquella cama tan grande. Y al mismo tiempo me encantaba estar ahí. Las imágenes recientes volvían de continuo. Y no podía dejar de oler aquel perfume, en el aire, en mis dedos, en el cuerpo de Haridian a mi lado.

Desde mi *natura* emanaban corrientes de calor.

Cambié de posición varias veces, buscando una comodidad que me resultaba esquiva. Ella me acarició la cabeza.

— Deberás hacer algo para recuperar la calma, no ?

Estuve de acuerdo.

— No tendrás vergüenza en ... practicar lo que aprendiste, verdad ?

Deseaba hacerlo. No me preocupaba la presencia cercana de Haridian. Ella había abierto su flor y la había tocado frente a mí. Me había mostrado cómo se sentía el interior de su canal. Y yo había buscado mi placer delante de ella. Lo único que me preocupaba era su aprobación. No quería hacer algo que la disgustara en su cama. Íntimamente, también deseaba prolongar aquel momento.

Simplemente le devolví una sonrisa de agradecimiento.

Apenas volví a tocarme la sensación placentera regresó y se fue expandiendo. De a poco fui incrementando el ritmo y la presión. De mi memoria esperaba que en un momento me sintiera satisfecha. Pero no ocurría eso. La sensación de placer no dejaba de aumentar. El calor me fue tomando y empecé a transpirar. Hasta que mi flor comenzó a arderme y tuve la percepción de que algo estaba haciendo mal. Me detuve a recuperar la respiración.

Entonces Haridian intervino. Buscó mi mano, eligió mis dedos, y sin decir nada los llevó nuevamente a su canal. Pero esta vez los devolvió a mi flor, susurrándome.

— Si no hay humedad, debes ir a buscarla.

Mis dedos trajeron un delicioso bálsamo. Gocé al extenderlo y pude volver a acariciarme con intensidad. Y me animé a jugar con mi propio canal. Aquella entrada inexplorada cedió a la suave presión y las sensaciones que me produjo se replicaban y golpeaban en mi cabeza. Una de ellas se convirtió en explosión y me bañó por dentro. Entonces sentí que me temblaba el cuerpo. Dejé de ver y de oír. Olas de placer viajaban dentro de mí, yendo, viniendo, olas fuertes, olas suaves, olas verdes, olas de alivio.



Quedé extenuada. Tanto que no podía ni quería incorporarme o acomodarme en la cama. Me sentía ligeramente embriagada, y feliz. Haridian me besó y me cubrió con una manta. Complacida, me quedé dormida junto a ella.



Tardé un instante en ubicarme al despertar sola en la enorme cama. Haridian no estaba. Fui a desayunar y me crucé con Manindar, que me observó con extrañeza. No tenía ganas de hablar con él en ese momento. Calenté un caldero para bañarme. Disfruté largo rato en la cabina, derramando agua sobre mi cabeza y recordando los acontecimientos de la noche anterior. Tras bañarme, me envolvió una agradable sensación de bienestar. Salí de la casa y fui directamente a encontrarme con Sutziake.



Transcurridos veintidós días de nuestra llegada a Sexta, tuvimos por fin nuestro primer día de clases.

Habíamos combinado para ir juntas las cuatro a Construcción en las mañanas. Y en las tardes iríamos solamente Sutziake y yo a Cultivo. Porque Gazmira y Hagora a último momento habían elegido Cocina como segunda *Eskuela*.

En la *Eskuela* de Construcción conocimos a nuestro *Maisu*. En el grupo éramos cerca de treinta alumnos. Lo componíamos nueve de las *hamabineskak* que habíamos compartido la Recepción en Elkar y siete varones de doce años, entre ellos mi hermano Manindar y su amigo Guadarteme. El resto eran jóvenes de entre quince y dieciocho años de edad. El *Maisu* nos guió por galerías, salones y espacios de los alrededores, mostrando las distintas actividades que íbamos a realizar en nuestros siguientes tres años en la *Eskuela*.

En nuestra primera clase, el *Maisu* nos habló de los conceptos de horizontalidad y verticalidad. Y de cómo una construcción se basaba en esos dos conceptos. Nos enseñó a utilizar dos herramientas de construcción. Una cuerda con una piedra atada en un extremo para verificar que algo es vertical. Y una pequeña bolita de bronce que colocada sobre una tabla recta y lisa sirve para saber si algo es horizontal. Estuvimos practicando con esos instrumentos toda la mañana.

Al mediodía, Sutziake y yo nos quedamos a almorzar en la *Eskuela*. Porque no era práctico cruzar la ciudad dos veces para hacerlo en nuestras casas. Y teníamos bastantes temas para conversar. Entre ellos la convocatoria a la reunión de *hamabineskak* y hermanos que veníamos preparando.

Luego marchamos juntas a la *Eskuela* de Cultivo, donde también conocimos a nuestra *Maisu* y compañeros de cursos. La *Maisu* nos llevó a recorrer las huertas de la *Eskuela*, enseñándonos los distintos cultivos, e introduciendo alguna característica de cada tipo de planta. Antes de despedirnos, nos dio a cada alumno una bandeja que tenía compartimentos con semillas de distintas plantas. Y nos detalló instrucciones para preparar nuestros propios canteros en los terrenos de las casas.

Regresamos contentas cuando el sol ya se ocultaba. Estábamos entusiasmadas. La actividad en las *eskuelak* nos había traído una perspectiva más cierta de lo que iban a ser nuestras vidas en los siguientes años.



La reunión en la casa de Sutziake fue divertida.

Éramos ocho. Nosotras cuatro. El hermano de Gazmira, el grandote Baraso. Mi hermano Manindar, que se comportó mucho más sociable y simpático de lo que era conmigo y su alegre amigo Guadarteme. Y el hermano de Sutziake, Etxekide, a quien yo apenas conocía, pero me había gustado desde que lo había visto al visitar a su hermana. Habíamos llevado comida y bebidas. Nos saludamos y hablamos de las respectivas experiencias de inicio de cursos en las *eskuetak*.

La noticia la trajo la dueña de casa, la Sacerdotisa Nekane, la madre de Sutziake y Etxekide. Tenía la confirmación de que en el campo delimitado donde estaban haciendo el pozo, habían asignado nuestros predios. Allí haríamos nuestras casas las dieciséis *hamabineskak* de Elkar. Probablemente el depósito de agua estuviera terminado para la Fiesta de Ama y empezariamos el nuevo año con la construcción. Era excitante saber que en poco tiempo podríamos disponer de nuestros propios hogares. De nuestros propios dormitorios. Pero aún quedaba por delante un año o más, para poder ocupar las *etxeak*. Las mujeres conspiramos para obtener compromisos de los varones para ayudarnos en la construcción.

Pude conversar ratos a solas con Guadarteme y con Etxekide. Guadarteme era gracioso y tenía siempre algún elogio para mí. No era difícil obtener su atención. En cambio Etxekide era más reservado y costaba hacerlo hablar. Como buen anfitrión, se mantenía atento a lo que ocurría en la reunión. Etxekide era alto, aunque no tanto como Baraso, usaba el pelo largo atado hacia atrás y los huesos de su rostro marcaban sus bellos rasgos masculinos a pesar de que recién había cumplido los trece años. Pero lo que más me atraía de él era su mirada. En sus profundos ojos azules había vivacidad e inteligencia.

Con Baraso no pude hablar porque Hagora y Gazmira lo tenían arrinconado. Mientras que Sutziake dedicó buena parte del tiempo a mi hermano, que parecía encantado con ella.

Manindar me hizo varias preguntas sobre Sutziake en el camino de regreso. Yo me divertí siendo ambigua en las respuestas. No me preocupaba que mi hermano estuviera interesado en mi amiga, al contrario, me causaba gracia verlo tan conversador.

Cuando llegamos a casa, se acordó de preguntarme.

— Dormiste en el cuarto de mi madre la otra noche ?

— Sí.

— Y por qué te dio permiso para hacerlo ?

— Porque teníamos cosas de mujeres para hablar.

Percibí que estaba sumamente interesado en mi respuesta, pero yo no pensaba dar mayores detalles.

— Y qué pasó ? — Insistió.

— Nos quedamos dormidas.

Di por concluidas las explicaciones. Oculta tras la mampara me reí en silencio, me desvestí y me acosté.



Se estableció una rutina.

Todas las mañanas salía con Manindar hacia la *Eskuela* de Construcción. Al mediodía almorzaba con Sutziake y luego íbamos juntas hacia la *Eskuela* de Cultivo. Al atardecer, la acompañaba a su casa, de camino a la mía. Jugaba un rato con Eider y ayudaba al tío Jacomar a preparar la cena. Al irnos a acostar, tenía una breve charla con mi hermano sobre lo que había ocurrido en la jornada.

El tío Jacomar pasaba casi todas las noches en casa. Y era frecuente que ayudara a Haridian a bañarse antes de irse a dormir. A veces me quedaba despierta en la expectativa de volver a escuchar señales reconocibles desde el dormitorio contiguo.

Tuve noticias de mi familia en Bosteko. Mi hermano Jama preguntaba cuándo iría a visitarlos. Mi madre Atissa planeaba adoptar una *hamabineska* para la Fiesta de Ama. Y el tío Ahar tenía previsto pasar una noche en Sexta y quería aprovechar para verme y traerme regalos. No tenía una respuesta clara para mi hermano, no me resultó grato lo de mi madre y envié indicaciones a mi tío para poder encontrarnos.

Se acercaba el primer fin de año desde mi llegada a Sexta.

Sin tener aún mi propia *etxea*, la Fiesta de Ama no iba a diferenciarse mucho de las de años anteriores. Sabía que debía regresar a casa con Manindar y Eider, mientras que nuestra madre se quedaría bailando. De todas formas, era la primera oportunidad en la que iba a formar parte del círculo inicial de la Cruz Atlanteana en la ceremonia de la mañana.

Cada seis o siete días, Anixua y Hagora venían a cenar. Conversábamos acerca de la marcha de los cursos, sobre la posibilidad de iniciar la construcción de nuestras *etxeak* en el *udaberri*, y sobre novedades en las negociaciones entre Zazpir y Sexta por el bronce, los adoquines y las tinturas.

Muchas de las semillas que planté en la huerta de la casa germinaron. Pimientos, papas, tomates y hierbas aromáticas se irguieron desde la tierra, al estímulo de mis cuidados y el disciplinado riego que realizamos con mi hermanita Eider. En la *Eskuela* de Cultivo, la *Maisu* nos explicó sobre las necesidades de agua, luz y calor de las distintas plantas. Sobre cuáles crecían mejor en compañía de otras. Cómo reconocer los plantines por las formas y colores de las primeras hojas. Por qué debíamos regarlas en ausencia de sol directo. Cuáles hojas podíamos cortar conforme al crecimiento de la planta. Cuáles insectos eran beneficiosos y cuáles debíamos combatir con preparaciones de hierbas.

En Construcción aprendimos a marcar esquinas perfectas. Con una cuerda debíamos medir tres pasos en una dirección, cuatro pasos en la dirección cruzada y cinco pasos entre ambas marcas. Con esa relación de tres, cuatro y cinco obteníamos una esquina perfecta, llamada *eskuadra*. Con cuatro *eskuadrak* completábamos un marco.

Luego pasamos a estudiar la producción de ladrillos de barro. Nos enseñaron a preparar la mezcla con tierra, bosta, aserrín y agua. A moler y pisar el lodo con la

ayuda de un animal de carga y dejarlo secar durante varios días antes de colocarlo en moldes para hornearlo.



Una tarde llegué a casa y estaba mi tío Ahar. Me sentí contenta de verlo y corrí a abrazarlo. Haridian lo invitó a quedarse a cenar. El tío Ahar me puso al día con las noticias de mi casa materna y me trajo regalos. De mi tío Txoim una barra de carbón para dibujar, de mi madre un pequeño frasco con esencias de bosques, y de mi hermano Jama una cesta de mimbre que él mismo había tejido. Ahar y Jacomar estuvieron hablando en la cocina mientras se preparaba la cena, mientras yo enseñaba los regalos a la pequeña Eider. Ella era un año menor que Jama y estaba admirada de la capacidad artesanal de mi hermano. Tuve que prometer enseñarle cestería en mimbre.

El tío Ahar viajaba por encargo de la Ciudad de Bosteko, en un barco que transportaba gran cantidad de conejos vivos. Algunos conejos iban a quedar en Sexta, y el viaje continuaba hacia Hiru, donde tomaría contacto con mi abuela Iruene para hacerle llegar mensajes de mi madre. El tío Ahar era *Maisu* en Cocina y formaba parte de esa misión para promover el consumo de carne de conejo en otras ciudades de Atlantis. Hizo muchas preguntas durante la cena con la intención de poder transmitir en detalle a mi familia cómo me encontraba en Sexta. Nos contó que se alojaba en los galpones dormitorios del puerto, y ante nuestras expresiones de estupor, aclaró que los galpones estaban limpios.

Haridian se ofreció a acompañar a su invitado de regreso al puerto. Encendió una lámpara portable para el camino, y el tío Ahar partió con ella luego de que yo le diera muchos abrazos y besos para que él los repartiera a mi familia.



Los días lentamente se hacían más largos, señal de que se terminaba el año.

Hubo algunas jornadas apenas cálidas y en la *Eskuela* combinamos para ir a la playa al atardecer. Aunque el mar no invitaba a bañarse, se podía estar hasta la noche sin abrigo. Volvimos a reunirnos. Los cuatro varones, Baraso, Etxekide, Manindar y Guadarteme y las cuatro amigas, Sutziake, Hagora, Gazmira y yo, esta vez sin presencia de adultos. Encendimos un fuego mientras asistíamos a una hermosa puesta del sol en el horizonte.

Hagora jugaba a treparse a los hombros de Baraso y él se sacudía para impedirselo. Al final ella logró su objetivo y pudo pararse con sus dos pies sobre los poderosos hombros del hermano de Gazmira. Entonces Manindar se puso en cuclillas para que Sutziake pudiera hacer lo propio sobre él, lo que no era tan fácil porque mi hermano era más pequeño que mi amiga. Luego de muchos intentos fallidos, que festejamos a carcajadas, Sutziake logró subirse a caballo de Manindar. Ambos nos desafiaron a imitarlos y yo no esperé mucho para treparme a la espalda de Etxekide. No fue sencillo para Gazmira montarse sobre Guadarteme, pero en cuanto lo hizo, fuimos hacia ellos para hacerlos caer. Fue un triunfo inmediato, que no pudimos festejar, porque Manindar y Sutziake cargaron sobre nosotros. Forcejamos en las alturas un momento, pero mi caballo era más fuerte que el de ella. Los vencimos rápidamente.

Nos quedaba únicamente el temible adversario llamado Baraso-Hagora, quienes se habían mantenido al margen, riéndose de nosotros. Era dudoso intentar hacer caer al

caballo, por lo que fui decidida hacia la jinete. Traté de empujarla pero Baraso la mantenía firmemente sujeta de las rodillas. Ella intentó lo mismo, pero Etxekide dio un oportuno paso hacia atrás que hizo que el impulso de Hagora quedara en el vacío y se cayera hacia adelante. Baraso trató de sostenerla avanzando, pero Hagora se iba hacia abajo y él tuvo que sujetarla de la cintura para que no se golpeará la cabeza en la arena. Por un instante, mi amiga quedó estática con las piernas hacia arriba y las manos rozando el piso, sostenida en el aire por los poderosos brazos de Baraso. Su falda caía sobre los pechos, su flor expuesta. Hubo una vibración en el aire de la playa, mientras Baraso suavemente la hacía descender en la arena. Levanté los brazos en señal de victoria. Mi caballo empezó a correr como loco hacia la orilla y se internó unos pasos en el mar. Se puso a corcovear para que yo cayera y tuve que rogar, implorar y gritar para que no me soltara en el agua. Desde la playa se escuchaban risas. Finalmente Etxekide se apiadó de mí y me permitió bajar sin mojarme la ropa.

Con nuestras lámparas portables encendidas retornamos a nuestras casas. También estaban encendidas nuestras caras. Íntimamente sentí por primera vez que aquella horrible ciudad de Sexta era en realidad hermosa. Era mía.



Cuando me desvestía para acostarme, vinieron a mi mente las escenas de lucha de caballos en la playa. Cerré los ojos y volví a sentir la deliciosa sensación de apoyar mi *natura* en la nuca de Etxekide. Los involuntarios roces durante las peleas. El suspenso de la caída de Hagora. La loca carrera hacia la orilla. El gozoso acto de tratar de sostenerme sobre sus hombros cuando él intentaba tirarme al agua. Con esos recuerdos mis manos fueron a mi flor. Estaba contenta. No me costó darme placer.



Repetimos la excursión a la playa unos días más tarde. Esta vez no éramos los únicos. Otros grupos de jóvenes habían bajado con sus lámparas y se reunían alrededor de las fogatas. Hagora le pidió a Baraso que nos presentara a otro grupo, en el que predominaban varones estudiantes de navegación. Tenían entre catorce y quince años y sus físicos eran admirables. Al lado de ellos, Manindar y Guadarteme parecían niños y eso hacía que nuestros hermanos no estuvieran interesados en estar con ellos. Hagora no se preocupó por ello y pasó buen rato bromeando con los amigos de Baraso. Gazmira repartió su atención en ambos grupos. Sutziake y yo fuimos solidarias con Manindar, Guadarteme y Etxekide, permaneciendo en nuestra hoguera, aunque no nos faltaban ganas de conocer a aquellos jóvenes.

Sutziake no se encontraba de buen humor y yo no entendía el motivo. En un aparte me contó que había bajado su primera luna y que se sentía molesta por fuertes dolores en su vientre. La felicité, la abracé, intenté darle ánimo, pero no tuve mucho éxito. Quiso que la acompañara de regreso a su casa. El clima de la playa era tentador, pero accedí a su pedido. Dejamos a los cuatro varones algo decepcionados en espera de que Gazmira y Hagora decidieran volver.

En el camino de regreso fue evidente que Sutziake había hecho un esfuerzo enorme para permanecer en la playa. Le acometían dolores tan intensos que no la dejaban caminar y se curvaba tomándose el vientre con ambas manos. Me empecé a preocupar por ella y por mi propia perspectiva. Me tocaría a mí también doler de esa forma la primera luna ?

Cuando llegamos a su casa, Nekane rápidamente preparó unos paños con agua caliente y los aplicó en la panza de su hija adoptiva. También puso a hervir unas hierbas para preparar una infusión. Me quedé junto a Sutziake hasta que se sintió algo mejor.



Temprano a la mañana siguiente me despertó Hagora. Ella nunca pasaba por mi casa antes de ir a la *Eskuela*. Pensé que venía a disculparse por su comportamiento de la noche anterior, pero la expresión de su cara me hizo descartarlo. Me adelantó que algo sorprendente había ocurrido al regreso de la playa. Me resultó raro que Manindar no me hubiera contado, asumiendo que habían vuelto juntos.

Manindar estaba callado y su mirada denotaba fastidio con Hagora. Ella aguardaba impaciente que saliéramos de la casa, y era evidente que no iba a hablar delante de mi hermano.

En cuanto partimos en dirección a la *Eskuela*, Hagora hizo un relato confuso de lo ocurrido la noche anterior. Baraso la había besado. O ella lo había besado. En realidad habían tenido una pelea en la playa. O en la puerta de su casa. Eran dos discusiones, pero por el mismo motivo. Los varones habían querido irse pero Gazmira y ella habían querido quedarse. Baraso había logrado convencer a Gazmira de regresar a la casa, pero Hagora se había negado y persuadido a Baraso de permanecer otro rato en la playa. Etxekide se había marchado solo. Finalmente Gazmira se había ido acompañada por Manindar y Guadarteme. Y ella y Baraso se habían quedado. Pero él estaba enojado. En ese momento había sido la primera discusión. Ella le había gritado y él la había amenazado con irse y dejarla sola en la playa. No exactamente sola, sino con sus amigos de Navegación. Ella había aceptado el desafío, decidida a quedarse. Pero Baraso no se había resignado a dejarla. Durante el regreso ella le había recriminado todo el camino, hasta que al llegar a la puerta de su casa, habían tenido la segunda discusión. Él le había reprochado por querer quedarse con sus amigos. Ella estaba indignada porque había sido él quien los había presentado. Mientras él seguía reprobando su actitud, a ella le había parecido extremadamente atractivo tan enojado. Entonces ella lo había besado en la boca, consiguiendo que él se quedara en silencio, mirándola. Ella había intentado darle la espalda y entrar en su casa, pero él no se lo había permitido. Tomándola por la cintura la había abrazado con tal fuerza que ella había quedado con los pies en el aire, mientras él la besaba. Y luego se había ido sin emitir una palabra.

Quedé atónita. Y confundida. La historia me resultaba poco comprensible. No sabía qué decirle.

No me dio tiempo a que lograra articular una frase. Porque me hizo aquella pregunta insólita, imprevisible, absurda.

— Te parece que debo ofrecerle mi flor ?

Que me dejó completamente aturdida.

Hagora me miraba contenta y expectante. Esperaba mi aprobación. Luché con un conflicto de emociones. La amistad que me unía a ella desde los cinco años. El vínculo que nos había traído a Sexta. La amargura de la Ceremonia de Recepción. El fastidio por su comportamiento. La entreverada historia que acababa de contarme. Para colmo, estábamos llegando a la *Eskuela* y nos quedaba poco tiempo para hablar. No se me

ocurría la forma de decirle que estaba siendo una estúpida sin arriesgar toda posibilidad de diálogo posterior.

— Hagora. Creo que tenemos que hablar de ... todo esto ... con más tiempo.

Ella se mostró decepcionada. Insistió. Pero logré convencerla de volver a reunirnos al atardecer para continuar la conversación. Finalmente aceptó y fue un alivio para mí. Necesitaba todo el día para saber qué iba a decirle.



Me costó prestar atención en la *Eskuela* de Construcción durante la mañana y estuve como ausente en la tarde en la *Eskuela* de Cultivo.

Me sentía sumamente molesta con Hagora.

Ella se había comportado como una tonta en la playa. No se había enterado de lo que le pasaba a Sutziake. Se había mostrado embobada con los amigos de Baraso. Era responsable de haber separado y generado discusiones en el grupo de amigos. Y sin embargo parecía encantada por lo ocurrido. Con un beso había logrado eliminar el enojo de Baraso. Me resultaba incomprensible. Y por si fuera poco, quería ofrecerle su flor.

Me preocupaban las consecuencias que aquello podría traer. No sólo para ella, sino para los demás. La oferta de Hagora a Baraso, no terminaría implicándonos ? A Gazmira, a Sutziake y a mí ?

Qué pensarían Etxekide, Guadarteme y Manindar de enterarse ? Baraso los pondría al tanto ? O lo haría la propia Hagora ? Tratarían ellos de hacer lo mismo ? Molestarse con nosotras para buscar un beso y ... algo más ? No. No lo harían. Entenderían que no necesariamente las demás seguiríamos su forma de actuar. Y eso ... no provocaría que todos los varones se interesaran en Hagora y no en nosotras ? De modo que en definitiva deberíamos hacer lo mismo que ella para recuperarlos ? Tendría yo también que ofrecer mi flor ?

Qué debía recomendarle a mi amiga ? Por otra parte, estaría ella dispuesta a escucharme ? Existiría algún argumento para convencerla de no hacer lo que obviamente estaba dispuesta a hacer ? Por qué había venido a mí con aquella terrible pregunta ?



Traté de ocultar la molestia y la consternación al volver a reunirme con Hagora. Pero fue imposible. Inicié la conversación tratando de darle importancia al acto de ofrecer su flor por primera vez y me topé con una respuesta que me dejó desarmada.

— No sería la primera vez.— Anunció sonriente.

Quedé perpleja. Mi pecho se aceleró. Era posible que Hagora hubiera ofrecido previamente su flor sin que yo me hubiera enterado ?

— Cómo ?

— Ya lo hice ...— puso cara de pícara — varias veces.

Me estaba desconcertando.

— Cómo ?

— Tú no lo has hecho con tu madre ? — Su tono era triunfante.

— Con ... tu ... madre ?

— Sí, tontita, — dijo ella alegremente — con tu madre Haridian.

Pensé si mi noche en la cama de mi madre adoptiva podía contar como haber ofrecido mi flor. Decidí que no. Hagora debía estar confundida.

— Ehh ... no.

Hagora me miró. La expresión de festejo de su cara fue cambiando a sorpresa.

— No le has dado tu flor ? — Insistió.

Aquella conversación con mi amiga se hacía inmanejable.

— De qué estamos hablando, Hagora ?

Para mi asombro, ahora ella parecía fastidiada conmigo

— Estamos hablando de ofrecer nuestra flor, nuestra *natura*, a nuestras madres.

Traté de explicarle.

— Ofrecer significa no solamente dejar ver, no solamente dejar tocar, también significa dejar entrar.

— Exactamente.

No podía creer lo que estaba oyendo.

— Tu madre Anixua ... entró ... en tu canal ?

— Claro.

La miré asombrada. Ella se veía tan tranquila como si estuviéramos hablando de ropa.

— Puedes ... explicarme ... por favor ?

— Me estás diciendo que tú nunca lo hiciste con tu madre ?

— Bueno. En realidad, — me pareció honesto especificar — yo sí ... entré en su canal. Pero ella no entró en el mío.

— No se lo pediste ?

— No.

Ella sonrió.

— De lo que te has perdido, Itahisa.

Ahora sí me hallaba completamente desorientada. Ella estaba en pose de enseñar y yo no tenía qué decirle.

— Puedes contarme cómo ocurrió ?

Hagora pareció no escuchar mi pregunta.

— Sí. Supongo que el problema tuyo es que no se lo pediste. Deberías hacerlo.

— Tú ... se lo pediste ? — Atiné a preguntar.

— No. No fue necesario.

— No fue necesario ?

— No. Simplemente ocurrió la tercera o cuarta noche que dormí con ella.

Cada respuesta de Hagora me sumía en un pozo más profundo.

— Qué ?

— Sí. Tercera, creo, o cuarta.

— Cuántas veces has dormido con ella ? — pregunté exasperada.

— No sé. Ya perdí la cuenta.

Me quedé en silencio. Ella agregó.

— Gazmira me dijo que también lo había hecho con su madre. Entonces asumí que era lo normal. Y que lo mismo pasaría contigo. Y con Sutziake. Que todas las *hamabineskak* dormían algunas noches en las camas de sus madres. Y las complacían. No estuve equivocada. Tú también complaciste a tu madre Haridian. Si ella no lo hizo contigo fue porque ... fue porque no se lo pediste.

Me mantuve en silencio. Ella siguió.

— La próxima vez que duermas con ella, hazlo. Itahisa, verás que se siente estupendo.

No soportaba aquella clase dictada por Hagora. Pensé en dar por terminada la conversación, aunque ni siquiera habíamos empezado a hablar de lo que nos convocaba.

— Sólo dormí una noche con Haridian.— Informé para asombro de mi amiga.

— Sólo una ?

— Sí. Y no sé si habrá ... otra.

Hagora me miraba con compasión. Como si yo estuviese contando algo triste.

— Todas las noches está el tío ... cómo se llama ?

— Jacomar. No. No todas las noches.

— Y no duermes con ella cuando él no se queda ?

— No.

— Y quién le ayuda a bañarse cuando el tío Jacomar no se queda ?

— Nadie. Ella se sabe bañar sola.— Contesté molesta.

— Eso no está bien, Itahisa. Está mal. Tú deberías ofrecerte a bañarla.

— Yo debería ?

— Claro. Es nuestro deber como *hamabineskak* ...

No la dejé seguir. No lo soporté.

— Hagora. Tú no me vas a enseñar a mí lo que debo hacer. En cuanto a tu amigo Baraso, haz lo que quieras. Creo que ya sabes todo. No te interesa lo que yo pueda decirte.

Me levanté, le di la espalda y me alejé. Resignándome a que Hagora quedaría ofendida y dejaría de hablarme por un tiempo. Pero no me importaba. Necesitaba estar sola.



Contra mi pronóstico, Hagora no se mostró ofendida sino todo lo contrario. Vino nuevamente a mi casa la mañana siguiente. Me pidió disculpas. Dijo que había sido grosera conmigo, con Sutziake y los demás. Que no daría su flor a Baraso si yo no estaba de acuerdo. Llegó a decir que no necesariamente debía ofrecerme a bañar a mi madre Haridian. Con esto último logró aplacar mi enojo con ella. Le ofrecí mi mano en señal de reconciliación, en el momento que ingresábamos juntas al edificio de la *Eskuela*.

El gesto de Hagora me reconfortó, pero íntimamente me sentía intranquila. De algún modo ella me había trasladado una responsabilidad que yo no había buscado.

Por qué debía ser yo quien dictaminara en qué momento Hagora se ofrecería a Baraso ? Qué pensarían al respecto Sutziake y Gazmira? Sería posible saber qué opinaban ellas sin violentar la confianza de mi amiga Hagora ? Estarían ellas dispuestas a ofrecerse antes de ser dueñas de sus *etxeak* ? Aceptarían condicionar sus decisiones unas a otras ? No sería una forma de hacer con ellas lo que Hagora había hecho conmigo ? Y qué harían los varones ? Qué pasaría con el grupo de los ocho amigos que estábamos formando ?

En tanto transcurría la jornada tuve la desagradable sensación de que la molestia con Hagora, en vez de disiparse, retornaba. Recién al atardecer tuve una idea de lo que iba a hacer.

Fui a lo de Hagora. Le dije que no aceptaría cuidar su secreto y al mismo tiempo ser jueza de su comportamiento. Que si ella no me autorizaba a hablarlo con Sutziake, yo no podía decir nada a favor ni en contra. Pensé que se iba a negar, pero no lo hizo. Aceptó de buen grado que Sutziake tomara parte en el asunto. Siempre que no se

enterara Gazmira. Gazmira no sólo era la hermana de Baraso, también estaba interesada en ofrecerle su flor.

Yo tenía un tercer motivo para no involucrar a Gazmira, pero a los efectos, no importaba. Estuvimos de acuerdo.

Cuando pude obtener un tiempo a solas con Sutziake, ella había recuperado su buen humor. Se divirtió escuchando el relato que le hice sobre la situación. Se rió con cada avance que le iba dando sobre mis conversaciones con Hagora. A mí no me parecía tan gracioso, en realidad me sentía acongojada, pero sus risas me fueron contagiando.

Cuando llegué al final, tras notificarle el pacto que la había involucrado, se había reído tanto que caían lágrimas por sus mejillas. Me quedé en silencio, esperando que tuviera la bondad de otorgar la seriedad que el asunto ameritaba.

— Sutziake. Podrás decirme qué opinas ?

Ella no me respondió. Con sus manos se secaba los ojos tratando de disimular sus ganas de seguir riendo.

— Por favor.— Insistí.

Me desconcertó devolviéndome la pregunta

— Qué quieres ... hacer tú, Itahisa ?

— No sé.

— Yo sí sé.— Dijo ella y volvió a reírse.

— Qué es lo que sabes ? — Me causó gracia su cara burlona.

— Quieres ofrecerle tu flor ... a mi hermano Etxekide ... no puedes más de ganas. Me equivoco ?

Fue como si me hubiera golpeado. No atiné a responder. Ella gozaba de mi confusión.

— Me equivoco ? — Repitió.

— Sí.— Dudé.— No.

Su alegría era desbordante. Me quité una sandalia y se la arrojé a la cabeza. Ella se cubrió la cara y la sandalia apenas rozó sus cabellos.

— No seas estúpida, Sutziake. Puedes parar de reírte ?

— Sí, o no ? — Me seguía atormentando.

Me levanté a rescatar mi sandalia de entre unos arbustos del parque de la *Eskuela* de Cultivo, mientras elaboraba una respuesta que evitara que mi amiga siguiera burlándose.

— No te equivocas en que tengo ganas. Pero no lo voy a hacer ... por el momento.

Logré mi objetivo. Ella se interesó y abandonó por un instante su tono jocosos.

— Por qué no ? — Me preguntó.

— Porque ... no tengo casa ... y porque ... nunca lo he hecho hasta ahora.

— Itahisa. Esas no son excusas. No tienes casa, pero existen los bosques, las playas, los barcos ...

— Los barcos ?

— Y que nunca lo hayas hecho me parece una buena razón para hacerlo, no ?

Me sentí arrinconada. No supe responderle. Sutziake se acercó a mí y me tomó las manos.

— Hagora va primero con Baraso y luego, más tarde, viene Gazmira. Tú vas primero con Etxekide. Y después, cuando se den las condiciones, voy yo.

Ella sonreía con picardía. De repente cambió la expresión.

— A menos que prefieras cambiar el orden.

No esperaba aquel desafío. Abrí los ojos sorprendida. Ella sostuvo la mirada.

— Tú quieres ... ofrecer tu flor ... a tu hermano ?

— Tanto como tú, Itahisa.



Aquella conversación con Sutziake resolvió varios problemas y trajo otros nuevos.

Ella insistió en despreocuparse de cómo podían verlo Guadarteme y Manindar. Afirmó que como ellos recién habían cumplido los doce años, entenderían que diéramos prioridad a los dos mayores, porque sabrían esperar su momento. Que un año de *Eskuela* de Navegación iba a convertirlos en hombres, que nos iba a sorprender cómo cambiarían sus físicos al adquirir el estado *atletiko*, la fuerza del mar.

Se mostró convencida que Etxekide era excelente candidato a ser nuestro primer compañero. Que a pesar de ser menor, era más comprensivo y cuidadoso que Baraso. Que sería maravilloso, pese a su inexperiencia. Aseguró que Etxekide estaba encantado conmigo, y que él le había confesado que me deseaba. Tampoco le preocupaba ponerse en segundo lugar. Hizo chistes pronosticando que Etxekide iba a “saber más” luego de estar varias veces conmigo. Que el trabajo de la primera era mayor que el de la segunda. Que había hablado con Gazmira al respecto y ella pensaba lo mismo. Gazmira le había confirmado que no le importaba demasiado ser la segunda con Baraso. Y más tarde, después de nosotras, la tercera con Etxekide.

La conjunción de situaciones me dejaba en un lugar poderoso e incómodo. Yo tenía la posibilidad de abrir todas las puertas. Y por un tiempo tenía el poder de mantenerlas cerradas. Luego de que la primera puerta se abriera, se abrirían las siguientes.

Por un tiempo. Quizás solamente por ocho días, hasta la Fiesta de Ama.



En la *Eskuela* de Construcción, trabajamos en dibujo de mapas.

El *Maisu* nos dio pautas para representar calles, edificios y otros objetos, y nos pidió a cada uno que hiciéramos el mapa de Sexta. Teníamos que entregarlo en dos días.

Pensé que iba a ser fácil, pero me fui dando cuenta de la dificultad a medida que iba avanzando. La costa tenía muchas curvas, la distancia entre la playa y la colina debía ser de veinte campos, y de diez desde el puerto a la *Eskuela* de Construcción. Pero desde las rocas a la *Eskuela* de Cultivo había catorce campos, porque la ciudad se ensanchaba al terminar el puerto. Hice algunos intentos que me quedaron mal al colocar las calles. Antes de la cena, nos instalamos en el hogar, Manindar y yo frente a frente, cada uno con su mapa. Con frecuencia él hacía comentarios despectivos de mis trazos, y aunque yo hacía lo mismo con los suyos, era evidente que su dibujo estaba quedando mejor que el mío. Dejé de pretender lo contrario y le pedí que me ayudara.

Él accedió gustoso, observó un par de problemas en mi mapa, dijo que alejara el río más al este y me hizo notar que la *Biltzara* ocupaba cuatro campos y no dos como yo había señalado. La explanada de intercambio en frente a la *Biltzara* tomaba otros cuatro campos. Con esos ajustes, logré algo aceptable aunque Manindar seguía diciendo que las distancias entre mis calles estaban desparejas. Tenía razón, pero mover una calle luego de dibujada era tedioso, de modo que resolví no hacerle caso. Señalé algunos edificios de la Ciudad y omití otros por no saber exactamente dónde debía ubicarlos. Cuando terminamos, comparamos los resultados. Haridian fue generosa en sus apreciaciones sobre mi esfuerzo. Era notorio que el mapa de Manindar era más preciso y más prolijo. De todas formas quedé conforme con el trabajo y fue lo que entregué al *Maisu* al día siguiente.



Cuatro días antes de la Fiesta de Ama, vino a Sexta mi abuela, para asistir a una reunión del Círculo en la casa de Nekane. Entre otras cosas, se iba a considerar la posible elección de Haridian como Decana de Navegación.

Aunque no teníamos certeza, Sutziake y yo especulamos con que la reunión del Círculo trataría otros asuntos de Sexta, en particular el arribo de un nuevo grupo de inmigrantes, las *hamabineskak* de Ama.

Sabiendo que mi abuela iba a estar ocupada, me preocupé de ir a recibirla, para poder darle un abrazo y tener un aparte con ella. Tenía necesidad de hablarle de varias cosas.

Aquella tarde, el puerto de Sexta lucía inusualmente limpio.

La abuela estuvo feliz de verme en el muelle. Me abrazó y elogió mi cuerpo de mujer. Lo primero que contó fue que Txanona no sería la única *hamabineska* en viajar a Islas Castigadas. Una segunda chica de Lehen y dos varones de quince años se sumarían a la flotilla que partiría en pocos días. Los varones eran hijos de dos de las mujeres residentes, mientras que la otra *hamabineska* era hija de una Sacerdotisa del Círculo de Lehen, que habiéndose enterado del destino de Txanona, había querido emigrar con ella. Me alegré muchísimo de que mi amiga no iba a estar tan sola en su nueva vida. Le pregunté a mi abuela si sería posible ir a Lehen a despedir a Txanona en su partida. Me respondió que sí, con dos condiciones. Que obtuviera el permiso de mis *maisusak* para faltar a clase. Y que no me embarcara a último momento con mi amiga hacia Islas Castigadas. Me hizo reír con su ocurrencia.

Mientras caminábamos, traté de abordar los temas que me preocupaban. Se negó a decirme si el Círculo había aprobado la transferencia a Hagora del aro del delfín que originalmente era de Txanona. Me dijo que ya lo sabría por Haridian.

Intenté que me revelara el misterio de la Ceremonia de Iniciación y no obtuve mayores datos. Que la ceremonia del Círculo respetaba la tradición de Atlantis, mientras que el ritual de las sacerdotisas de la Serpiente era ridículo y vergonzoso.

Eso me llevó a mi última pregunta.

— Cuál es la norma en el Círculo acerca de que las *hamabineskak* ofrezcan su flor a sus madres adoptivas ?

Mi abuela se detuvo y me miró extrañada.

— No existe ... una norma al respecto, Itahisa, sólo existe el ... sentido común. Por qué me preguntas ?

— Porque han sucedido cosas distintas entre nosotras.

— Alguna de tus amigas se ha visto forzada a hacer algo que no quería ?

— No ... pero ...

— Bien. Me tranquiliza saberlo. Pero qué ?

— Se espera que una *hamabineska* ofrezca su flor a su madre adoptiva ?

— No Itahisa. De ninguna manera. Lo que sí es esperable es que la madre lo haga con su hija adoptiva. Pero tampoco es una norma.

— Por qué es esperable ?

— Sería mejor que hables de esto con tu madre Haridian. No es correcto que me lo preguntes a mí.

Mi abuela reemprendió la marcha. Era obvio que no iba a darme más explicaciones.

La acompañé hasta casa de Nekane, donde cerca de treinta sacerdotisas del Círculo la esperaban.

Saludé a Sutziake y aproveché a darle a Etxekide un beso un poco más expresivo de lo habitual.

Y regresé a mi casa saboreándolo.



Varios asuntos de extrema importancia requerían de otra conversación nocturna con mi madre adoptiva. Traté de obtener del tío Jacomar información sobre si tenía previsto ausentarse alguna de las noches siguientes. Su respuesta no fue clara. Me sentí algo decepcionada, pero estaba resuelta a obtener la charla a cualquier costo. La mañana siguiente en el desayuno le hice saber a Haridian que necesitaba hablar con ella. Afortunadamente no presentó objeciones. Me anunció que le pediría al tío Jacomar que no se quedara esa noche.

Como otras veces, me invitó a hablar sentadas en su cama. Empecé por la partida de Txanona. Le conté lo que la abuela me había dicho. Me preguntó si me animaba a ir y volver sola a Lehen y le aseguré que sí. Luego quiso saber dónde iba a pasar la noche y le dije que en lo de Txanona. No estuvo de acuerdo. Afirmó que la noche previa a la partida era complicada como para recibir un visitante. Entonces sugerí ir a dormir a una *Eskuela* en Lehen. Ella quedó un momento pensativa, y terminó accediendo. Se pondría en contacto con la *Eskuela* de Navegación de Lehen para que me dieran alojamiento allí.

El segundo punto de la charla fue sobre lo esperable entre *hamabineskak* y madres adoptivas, que mi abuela se había resistido a abundar y me había derivado con ella. Haridian sonrió e hizo el ademán de prepararse a una complicada explicación.

Recurrió a conceptos que yo había aprendido en la *Eskuela* de Construcción. Comenzó diciendo que un vínculo entre dos personas puede ser horizontal o vertical. Un vínculo normal de amistad es horizontal, un vínculo entre madre e hija es vertical. Existe una jerarquía de la madre sobre la hija. Entonces, existe una regla no escrita, que todos los adultos entienden, pero que en realidad no tiene demasiada importancia. Que simboliza, en el acto de complacer, la horizontalidad o verticalidad del vínculo. Si alguien se dispone a complacer a otra persona, sin pedir nada a cambio, está significando en el mundo adulto, una aceptación de jerarquía. Un vínculo vertical. Por el contrario, si alguien sólo te dispone a hacer lo que el otro también está dispuesto a hacer, está representando un vínculo horizontal.

Me resultó oscura su exposición. Y ella se dio cuenta.

— Intentaré ser más clara. Si una mujer algún día se arrodilla ante ti, y sin acuerdo previo de reciprocidad, va a lamer tu flor, podría estar queriendo decir que te reconoce como superior en jerarquía. Se entiende ?

— Solamente una mujer a otra ?

— Sí. Podría pasar lo mismo entre dos hombres. Pero es raro que ocurra.

— Dos hombres ?

— Sí. Que uno de ellos se arrodille ante el otro a lamer su *zakil* sin demandar reciprocidad. Como te dije, es raro que ocurra, pero ciertamente implicaría sumisión a la jerarquía del otro.

Creí haber entendido.

— Entonces lo esperable entre una *hamabineska* y su madre adoptiva ... es que ella se disponga a complacerla ... sin pedir nada a cambio ?

— No Itahisa. No es esperable eso. Porque sería forzar a la *hamabineska* a seguir códigos ... de adultos. Sólo si la *hamabineska* lo hiciera por su propio motivo, la madre debería aceptarlo. No es correcto obligar a nadie.

— Y si existiera ... reciprocidad entre una madre y su hija adoptiva ?

— Significaría que se entienden bien, no te parece ? No es posible quitar la verticalidad del vínculo.

No entendí.

— Es algo ... complicado para mí.

— También para mí Itahisa, no te preocupes. Qué es lo que no entiendes ?

— Si yo ... te complazco sin pedir nada ...

— Si lo haces una vez y yo lo acepto, estaríamos verificando mi jerarquía sobre ti. Si lo haces muchas veces y yo lo acepto, entonces yo estaría abusando de mi jerarquía. Sería una grosería de mi parte.

— Una vez sería suficiente ?

— Sería suficiente. Pero no necesario. No es preciso verificar nada. Porque no se puede cambiar.

— Tú ... lo aceptarías ?

— Lo aceptaría sólo si estoy segura que de veras quieres hacerlo. Y aun así ... no sé si no me darían ganas de hacer lo mismo contigo. Si quisiera ser recíproca, tú me aceptarías ?

Me resultó inquietante aquella pregunta.

— Claro que sí.— Admití.

Me costó cambiar de tema. Pero era imprescindible hacerlo.

El asunto crítico era la Fiesta de Ama. Mi intención era pedirle que Manindar se encargara de hacer dormir a Eider, para poder quedarme un tiempo más en el baile de la noche. No tuve que esforzarme ni rogárselo, porque Haridian aceptó inmediatamente.

Luego me dijo.

— Tendrás que venir a dormir a esta casa, porque no tienes otra.

Tuve la sospecha que algo había detrás de esa afirmación tan obvia.

— Sí.

— Y eso significa que no podrás traer un compañero de baile a tu cama, eres consciente de ello ?

— Sí.

— Bien. Qué harás entonces ?

— Me quedaré bailando con mis amigos ... hasta la medianoche.

— Y luego ?

— Vendré a dormir.

Ella se mostraba enigmática.

— Y antes ?

No contesté esa pregunta, cuyo alcance me costaba precisar.

— Itahisa. Podemos hablar de todo entre nosotras, verdad ?

— Sí. Claro.

— No estarás pensando en llevar un amigo a los bosques, no ?

Me invadió el pánico. Era exactamente lo que estaba pensando. No podía mentirle. Y tampoco me sentía cómoda para confirmarlo.

— Ehh ... no ... lo sé.

— Lo tomaré como un sí.— Sentenció.

No supe qué decir.

— Itahisa, soy tu madre adoptiva y soy responsable de tu iniciación, lo recuerdas ?

— Sí, madre Haridian.

— No voy a permitir que te arriesgues a pasar un mal momento.

— Sí, madre Haridian.— Acepté tratando de disimular los involuntarios movimientos de mis rodillas.

— Entonces no irás a los bosques en la Fiesta de Ama.

Me quedé muda mirando al piso.

— Tú sabes que el tío Jacomar es *Maisu* pescador, no ?

Aquella pregunta me resultó absurda, tardé en responder.

— Sí.

— Y que ha construido una cabaña de madera en el río para pescar de noche ?

— No.

— Bien. Si quieres pasar una noche divertida, usarás la cabaña del tío Jacomar. Tiene una buena cama. Estás de acuerdo ?

Busqué los ojos de mi madre adoptiva. Fui reaccionando lentamente.

— Síiiiiiii — Grité, levanté mis brazos y acepté agradecida el abrazo que ella me ofrecía.



Al cambiar el año, en Atlantis hay tres días de feriado. El primero es fin de año, el siguiente es año nuevo, la Fiesta de Ama, y el tercero es día de descanso. Durante esos tres días no hay barcos, ni intercambio en las plazas, por lo que todo el aprovisionamiento para la fiesta debe hacerse en los días previos, lo que implica una sobrecarga enorme de trabajo antes del feriado. La gente se pone nerviosa y suele haber problemas en las calles.

Para colmo, en este fin de año, muchas mercaderías escaseaban. No sólo los calderos y las lámparas, que eran importantes para la Fiesta de Ama. También era difícil encontrar hongos comestibles, nueces, bellotas, miel, sal y aceites animales. Por el contrario abundaban el pescado, las frutas, los mejillones y los aceites vegetales. Esto generó situaciones insólitas de intercambio, donde un puñado de nueces valían como bolsas de mejillones. O varias canastas de pescado por un vaso de miel. Las frutas no tenían valor, simplemente se iban a buscar tantas papayas, sandías o bananas como se quisiera, dado que de otro modo se iban a estropear.

La confrontación entre Sexta y Zazpir ya no se limitaba a los metales. La *Biltzara* de Zazpir había endurecido su posición y estaba retaceando los envíos de todos sus productos. Corrían rumores de que la llegada de nueces y miel de Zazpir se iba a cancelar por completo, y los habitantes de Sexta estaban desesperados por acopiar una provisión mayor a la que realmente necesitarían por los tres días de feriado. Yo sabía que aquello no tenía sentido, porque la producción de miel y nueces de Bosteko sería suficiente para satisfacer, acaso temporalmente, la demanda de Sexta. Pero por algún motivo que se me escapaba, nadie parecía creer en ello.

Mis preocupaciones se ubicaban distantes al problema de las nueces y la miel.

Faltaban dos días para la Fiesta de Ama. Dos días para que se abrieran todas las puertas. En nuestro grupo, excepto Manindar y Guadarteme que no tenían autorización para quedarse hasta el final de la fiesta, todos teníamos motivos para aguardar con nerviosismo el baile de la noche. Pero especialmente Hagora, Etxekide, Baraso y yo. Sin estar anunciado, los cuatro sabíamos que algo importante podía ocurrir.



El último día del año fui a caminar sola.

En todas las *etxeak* se preparaba el banquete de la Fiesta y yo había ayudado al tío Jacomar durante buena parte de la jornada en la cocina. Habíamos hecho tortas de pescado para compartir con los vecinos en la calle al día siguiente. También había enseñado a mi hermana Eider a tejer y trenzar mimbre y ella ya estaba logrando sus primeras rudimentarias bandejas y canastos.

Di por suficiente mi colaboración familiar a mitad de la tarde y salí hacia el este de la ciudad. Hacia la colina.

En el campo asignado a las *hamabineskak* de Elkar, el pozo que sería nuestro depósito de agua parecía terminado. La boca estaba tapada con tablas, pero entre ellas podía verse su interior. Tendría unos catorce pasos de profundidad y tres de ancho. Las paredes eran de adoquines, prolijamente adosados para evitar en lo posible la pérdida de agua. Aunque el fondo del pozo estaba oscuro, se notaba un poco de agua recogida naturalmente de las últimas lluvias del año que finalizaba.

Me detuve a deleitarme con la hermosa vista que otorgaba la colina. En el puerto, todos las *txalupak* atracadas, ninguna vela. En las calles, poca gente caminando, a diferencia del caos del día anterior. Estaba nublado y los techos de la *Biltzara* no brillaban.

Seguí caminando por el atajo que mi madre Atissa me había enseñado en mi primera visita a Sexta. Cruzando el bosque hacia donde estaba el palacio de las sacerdotisas de la Serpiente. Los jardines impecables y muchos canteros ya florecidos. No se veían sirvientes ni sacerdotisas.

Continué rodeando la falda de la colina, alejándome del Club, ahora hacia el norte. Descendiendo la suave pendiente, me interné en los bosques que bordean el río de Sexta. Me hallaba en terreno desconocido, pero sabía orientarme. Era sencillo, solamente había que seguir el murmullo de las aguas del río para llegar a él.

Recorriendo la ribera divisé las cabañas. Eran muchas, como veinte, todas iguales a primera vista. Y nadie pescando. La forma de identificar entre ellas la del tío Jacomar era simple. Sobre la puerta de entrada tenía que verse un dibujo de dos peces en color rojo. No sabía qué tipo de peces, ni de qué tamaño, ni en qué posición, pero no me costó mucho encontrarla.

La puerta tenía un cierre hecho con una cuerda. Deshice el nudo. Adentro estaba lleno de artefactos de pesca. Fui hacia la cama y me senté en ella. Recorrí con mi vista las paredes para registrar los detalles. Luego me acosté y cerré los ojos.

Traté de imaginar las escenas que podrían ocurrir al día siguiente.



La tradición dice que en la última noche del año hay que acostarse apenas oscurece. Porque la Fiesta de Ama es agotadora, desde que sale el primer sol del año hasta que se oculta, y para los adultos, toda la noche, hasta el siguiente amanecer. De modo que fuimos temprano al dormitorio con Manindar y Eider. Pero yo me encontraba tan excitada que no podía dormir. Daba vueltas en mi cama, tenía calor o frío y no lograba entregarme al sueño.

Opté por levantarme, fui al hogar y allí se encontraba Haridian. Le conté lo que me pasaba y ella me ofreció su vaso de cerámica. Me aseguró que me haría bien. Ambas bebimos la infusión caliente, cuyo sabor no logré reconocer. Estuvimos un tiempo sentadas a la mesa, conversando sobre lo que esperábamos de la próxima jornada y del inicio del año. Me contó que habían llegado a Sexta catorce nuevas *hamabineskak*, pero no se conocía aún la distribución por ciudades. Siete eran del Círculo. Haridian se mostró molesta con la cantidad decreciente de inmigrantes. Era un síntoma claro del deterioro del prestigio de Sexta. La charla comenzó a resultarme aburrida y al rato me sentí somnolienta. Ambas nos deseamos un buen comienzo de año y con un beso fuimos a dormir.



Creí que no había pasado el tiempo cuando la pequeña Eider me despertó. Todavía era de noche. Tras un instante de confusión, me incorporé de un salto. Era año nuevo, la Fiesta de Ama.

Tomando mi túnica ceremonial, me la puse por la cabeza y quedé sorprendida. Los pechos y las caderas calzaban demasiado ceñidos dentro del mismo vestido que me había quedado holgado una estación antes, en Elkar. Mientras desayunábamos, Haridian hizo dos pequeños cortes a los costados para aliviar la presión en mis pechos. Lo de las caderas no tenía arreglo.

Caminamos los cuatro hacia el Campo Ceremonial, a los fondos de la *Eskuela* de Astronomía. No portábamos lámparas y aún no amanecía, por lo que fuimos adivinando el camino, lo que no era difícil porque muchísima gente iba en la misma dirección. Allí nos reunimos con todos los habitantes de Sexta. Mujeres y hombres, niños, adultos y ancianos. Dos carreras de personas vestidas de blanco.

Entonces nos separamos, porque había seis puntos de concentración. Tres para las mujeres, a mi madre adoptiva le correspondía el tercer anillo y a mí el primero. Dos para los hombres, y a uno de ellos fue Manindar. Y uno para los niños, donde dejamos a Eider.

En la concentración, tardé en encontrar a las demás *hamabineskak*. Éramos dieciséis en cerca de ocho veces sesenta jóvenes del primer anillo. Yo estaba un poco avergonzada de lo ajustado de mi túnica, pero allí me di cuenta que no era la única. Los abultados pechos de Sutziake pugnaban por liberarse fuera de su escote. Casi todas teníamos problemas con el atuendo ceremonial, y en algunos casos era llamativo, o francamente desagradable, ver los cuerpos aprisionados en los vestidos.



Empezaba a clarear cuando se formó la Cruz. De sur a norte avanzó la primera columna con cintos azules, de un ancho de seis hombres, codo con codo, hasta ocupar

todo el largo del Campo Ceremonial. La segunda columna aguardó a que el primer rayo del sol asomara en el horizonte y marchó con las cintas rojas de oeste a este, hacia el sol naciente, cruzando a la primera por el centro. Cuando los cuatro brazos quedaron definidos, nos sentimos nerviosas. Había llegado nuestro turno. Era la primera vez que formaríamos parte de la Cruz Atlanteana.

Partimos lentamente desde una esquina del parque y nos colocamos en una gran fila que se detuvo a la entrada de la punta norte de la Cruz. Las que estaban más adelante ingresaron para disponerse en arco, en el primer cuadrante. A nosotras nos tocó el segundo cuadrante, entre el norte y el oeste.

Cuando marchábamos hacia el centro en silencio logré detectar en la multitud de hombres a Etxekide. Él también me vio. Fui girando mi cabeza para sostener su mirada, sus profundos ojos azules no se apartaban de los míos, hasta que tuve que tomar mi posición y una cantidad de cabezas se interpusieron.

Quedaba aún la mitad de la fila de jóvenes, que iba rodeando el Campo para poder ingresar a los cuadrantes del sur. Aproximadamente dos veces sesenta mujeres, de entre doce y veinte años, componíamos cada uno de los cuatro arcos interiores, completando el más pequeño de los círculos de la formación.

La segunda fila de mujeres estaba preparada en la esquina opuesta del parque. Se integraba por todas las mayores de veinte que no fueran docentes, ni doctoras, ni sacerdotisas. Con edades variadas desde jóvenes a ancianas. Algunas llevaban sus bebés en brazos. Realizaron el mismo despliegue que nosotras pero en sentido contrario.

Las profesoras, doctoras y sacerdotisas completaban la figura con el círculo exterior, que debía envolver totalmente los cuatro extremos de la Cruz. En número eran similares a los otros dos conjuntos de mujeres, unas ocho veces sesenta, pero por ser el círculo más amplio, era el más delgado.

Cuando todas ocuparon sus lugares, ocurrió algo curioso. Cuatro sacerdotisas, una en cada cuadrante, abandonaron el círculo externo para trasladarse al del medio. Allí subieron a unos bancos de madera, de modo que todos pudiéramos verlas.

En ese momento hizo su aparición la Alta Sacerdotisa Guaxara. Dos murmullos, uno de admiración y otro de desaprobación recorrieron las ramas de la Cruz. Me impresionó la forma en que la máxima autoridad de la Ciudad dividía las opiniones radicalmente. La mitad de la gente la adoraba como si fuera una diosa y la otra mitad la odiaba. Ella lucía igual, si no más espléndida, a mi recuerdo de la Recepción. Se dirigió con parsimonia al altar ceremonial, frente a nosotras, en el extremo oeste. A los costados del altar, sentados en el pasto se encontraban los niños. El sol provocaba reflejos dorados en su cabello, sus adornos y su túnica.



Levantando los brazos, logró el silencio de la multitud. Con voz potente dio comienzo a sus oraciones.

— Diosa Ama, bendice a este pueblo de Atlantis al iniciarse un nuevo año.

A lo que dos de las sacerdotisas encaramadas, hicieron eco.

— Diosa Ama, bendice a este pueblo de Atlantis al iniciarse un nuevo año.

E inmediatamente las otras dos, en los cuadrantes del este repitieron

— Diosa Ama, bendice a este pueblo de Atlantis al iniciarse un nuevo año.

Guaxara pronunció su segunda frase.

— Estamos aquí reunidos para acoger tus gracias de la creación, la fecundidad y el poder.

Que replicaron las sacerdotisas de los cuadrantes del oeste. Y en seguida las del este.

Así continuaron sus oraciones, amplificadas en las cuatro direcciones para que todos pudieran oír.

Más adelante, Guaxara refirió sutilmente a las dificultades de Sexta. Ensalzó el espíritu de la comunidad, según ella de alegría y de solidaridad en la prosperidad y también en la escasez. Aseguró que la hermandad entre las ciudades de Atlantis iba a terminar primando, por encima de las desavenencias temporales. Fue el único momento en que los murmullos volvieron a transitar por las distintas calles de la Cruz.

Los saludos finales no requirieron la ayuda de las repetidoras de oraciones. Como vi que las nacidas en Lehen, Biko e Hiru levantaban sus brazos al celebrar los nombres de sus ciudades, me dispuse a hacer lo propio a mi turno.

Guaxara anunció.

— Bosteko !

Y apuntando al cielo nuestros brazos, con Hagora y otra cantidad de mujeres gritamos.

— ATL - TANI - KA !

Pero lo más impactante ocurrió a continuación, cuando la Alta Sacerdotisa, tras una calculada pausa, pronunció el nombre de Sexta.

Sólo los hombres, todos los hombres, de ambos brazos de la Cruz, levantaron sus cintos azules y rojos para responder un ATL - TANI - KA ! que resonó como un trueno en el Campo Ceremonial.



Cuando el rezo hubo culminado con una débil séptima respuesta, se escucharon aplausos y empezaron los abrazos. Recibí y otorgué abrazos a cantidad de jóvenes de Sexta que nunca había visto. Yo no recordaba esta parte del ritual, pero era probable que fuera porque de niña siempre había estado alejada y al margen de la Cruz.

Tuve dos abrazos especiales y mucho más prolongados. El de Hagora y el de Sutziake.

Entonces se procedió a desarmar la formación, en secuencia inversa a como la habíamos compuesto. Las del círculo externo realizaron un giro completo alrededor de la Cruz y volvieron a su punto de reunión de la madrugada. Las del medio, fueron saliendo cuadrante a cuadrante y recomponiendo la fila, para reunirse todas en su esquina y nosotras hicimos lo mismo. Finalmente se replegaron las columnas masculinas, volviendo también a sus lugares originales.

Durante el corte entre la ceremonia que acababa de finalizar y la siguiente, hubo un momento de dispersión y descanso. Era un espectáculo el que ofrecían hombres y mujeres de blanco, sentados en el parque, o caminando en todas direcciones. Y en los extremos del campo contra los bosques, mucha gente que orinaba en los árboles, porque no había baños para aquella multitud. Tuve que hacer lo mismo con cierta dificultad para agacharme, a causa de la túnica que me apretaba las caderas y las nalgas.

Volví a reunirme con mi familia adoptiva. Pregunté a Haridian en qué momento partiríamos hacia los cultivos y ella simplemente respondió que ya me enteraría. La pequeña Eider fue más colaborativa y me dijo que había que esperar la campana. No supo decirme cuál campana.

Los cuatro nos quedamos sentados en el pasto, observando a la gente. Me llamaron la atención los ancianos. No tenía registro de ver tantos ancianos en las calles de Sexta. Seguramente habrían permanecido la mayor parte de su tiempo dentro de sus hogares, durante los fríos días que habían transcurrido desde mi llegada.

El sol ya estaba alto y empezaba a hacer calor cuando escuchamos la campana. Su sonido era grave y lejano y parecía venir del centro de la ciudad, supuse que de la *Biltzara*. Los tañidos eran espaciados y monótonos. La gente empezó a levantarse para marchar hacia los cultivos, alejándose de donde provenía el sonido. Pensé en las catorce recién llegadas a Sexta, que estarían esperando su Ceremonia de Recepción solas y confinadas en el Palacio de la *Biltzara*, escuchando la campana sin entender su significado.

La segunda parte de la Fiesta de Ama, en realidad no es una, sino múltiples ceremonias iguales y simultáneas. Cada *Klan* se reúne alrededor de un terreno y la sacerdotisa dirige el rito de la siembra. Realiza sus oraciones, dispersa las semillas en la tierra y luego procede a regar. El riego se hace tomando agua con la mano y salpicando con ella el terreno, al mismo tiempo que se rezan más oraciones. En nuestro *Klan* éramos solamente los cuatro miembros de la familia de Haridian, pero en otros terrenos había congregaciones de cuarenta o hasta sesenta personas rodeando a la sacerdotisa que realizaba la siembra.

Cuando terminamos nuestra ceremonia, regresamos a la ciudad. Las calles eran ríos de túnicas blancas. Yo estaba ansiosa por llegar a casa y poder quitarme la mía.



El banquete callejero, que tuvo lugar desde el mediodía al atardecer me resultó insoportablemente largo. Debí permanecer junto a mi familia y compartir con vecinos a los que yo casi no conocía. No me sentía a gusto y mi deseo era estar en otra parte de Sexta en ese momento. Luego de probar algunas porciones de torta de pescado, no quise comer más. Sólo esperar a que el sol tuviera la gentileza de ocultarse.

Cuando por fin llegó ese momento llenamos nuestros jarros de cerveza y brindamos por el año nuevo. Recuperé el buen humor y fuimos con Manindar por toda la calle, saludando a los vecinos. Se encendieron los fuegos en las esquinas y por primera vez pude ver lámparas colgadas en los postes de las calles de Sexta. Empezaron a reunirse los grupos de músicos y nuestra madre hizo el gesto de dejarnos libres para ir a cualquier parte de la ciudad. Era la señal que Manindar y yo estábamos aguardando, para salir con nuestros jarros en la mano por las calles, saludando vecinos aquí y allá, viendo como se despejaban las mesas del banquete para dar lugar al baile, palpitando con los ritmos que los músicos ensayaban.

Volvimos a cargar nuestros jarros de cerveza por el camino, nos distrajimos con los bailes que se iniciaban en las esquinas, y en poco tiempo llegamos a la calle de Sutziake y de Etxekide. Supuestamente también allí estarían Gazmira, Baraso, Hagora y Guadarteme.

Fue Guadarteme al primero que encontramos. Estaba bailando arriba de una de las mesas que habían sido utilizadas en el banquete, y meneaba sus caderas con una mano apoyada en su cabeza y la otra sosteniendo el equilibrio de la jarra. La escena era graciosa. Él también nos vio y nos invitó a subirnos a la mesa. Era una tentación desfilarse sobre el estrecho corredor que la mesa proporcionaba, de un extremo a otro, para nuestro disfrute y el de los vecinos que nos aplaudían.

Pronto tuvimos imitadores y se agregaron otras mesas a continuación de la nuestra. En un momento vi a Etxekide, con los brazos cruzados asistiendo como espectador a las desatinadas danzas. Al pasar junto a él hice la actuación de caerme de la mesa, y convenientemente fui a parar a sus brazos. Él me regaló una sonrisa y yo un breve beso en la boca. Lo tomé de la mano y nos sumamos al desfile por encima de las mesas.

Nos cruzamos con Sutziake que se movía en forma deliberadamente exagerada seguida de cerca por Manindar. Chocamos jarras con ellos y continuamos nuestro circuito por la calle, que incluía subir y bajar a las mesas.

Pasó el tiempo mientras más y más gente se sumaba al baile, hasta que vimos llegar a Baraso, Gazmira y Hagora. Nos reunimos los ocho en la esquina, cerca del fogón y de los músicos, donde continuamos danzando junto a otros jóvenes, entre los que había otras *hamabineskak* de nuestro grupo, con sus hermanos y amigos.

Descubrimos excelentes bailarines entre nosotros. Gazmira era la que más se destacaba por la gracia y perfección de sus giros, Sutziake y Guadarteme por sus poses ridículas y Hagora por la sensualidad de sus movimientos. Baraso era tosco bailando, pero eso no lo hacía menos atractivo.

Nos sorprendieron Iratxe y Oihane, las dos chicas de Hiru que habíamos conocido poco en la Recepción. Ambas hacían pasos y movimientos diferentes y por momentos se coordinaban ofreciendo un espectáculo de danza realmente magnífico. Sus hermanos y amigos se retiraban para darles un espacio, permitiendo que todos pudiéramos gustar de la escena. Se generaron corrientes de simpatía entre nosotros y ellos, y de a poco fuimos intercambiando compañeros y compañeras de baile entre ambos grupos.

Más tarde iniciamos una fila danzante que viajaba de esquina a esquina, sumando gente en el trayecto. Cuando fuimos cerca de sesenta en la fila, continuamos más allá y recorrimos varias calles a la redonda, chocando jarras con los vecinos que nos miraban con cierto asombro. Hicimos pequeñas paradas para homenajear con nuestra presencia

a los grupos de músicos que nos parecieron más alegres y ellos nos agradecieron regalándonos su mejor esfuerzo para nuestro deleite.

Al regresar, conduje la fila hacia las mesas que ahora estaban despejadas. De a uno fuimos subiendo al improvisado estrado y lo recorrimos bailando en festejo triunfal. Cuando volvimos a reunirnos en el fogón, estábamos cansados, sudorosos y felices.

Aunque todavía mucha gente bailaba en la calle, el número había disminuido durante nuestra ausencia. Quedaban pocos niños, señal de que la etapa adulta de la Fiesta iba a comenzar, y que mi hermano Manindar debía regresar a nuestra casa para cuidar a Eider. Busqué su mirada pero no tuve que hacerle ninguna indicación. Alzó sus cejas y puso cara de haber comprendido. Guadarteme y él se despidieron de nosotros y marcharon juntos.

Tuve un intercambio de gestos con Sutziake. Me hizo saber que se quedaría con Gazmira bailando con las chicas de Hiru y sus amigos. Hizo unos cómicos ademanes con sus manos, que entendí perfectamente como “llévate a Etxekide tan pronto como puedas”.

Ya no me preocupé por los demás. Tomé a Etxekide por la cintura y le hice copiar mis movimientos. Él me siguió sin dejar de mirarme, a los ojos, los pechos, la cintura, las piernas, la boca, deseándome.

Nos fuimos acercando hasta que apreté mi cuerpo contra el suyo y él me rodeó con sus brazos. Apoyé mi cabeza contra su pecho y continué moviéndome cada vez más suavemente. Sus aromas de hombre me envolvieron. La calle y las casas dejaron de existir. Sólo quedaba la música que se fue haciendo lejana. Separé mi cabeza de su pecho y me sumergí en el mar azul de sus ojos. Acerqué mi boca entreabierta a la suya. Sus labios tomaron contacto con los míos. No existía otra cosa. Sólo mi boca en la suya. Sólo su boca en la mía.



Volvimos a bailar, muchas veces, pero en otros lugares.

Atravesamos la ciudad tomados de la mano, parando en alguna esquina si la música nos invitaba, trepando a bancos y mesas, robando jarros de cerveza abandonados, riéndonos y besándonos. Evité pasar por la puerta de mi casa y conduje a Etxekide hacia la colina, donde se encontraba el pozo de agua recién terminado.

Allí disfrutamos la vista nocturna de la ciudad excepcionalmente iluminada. Nos besamos. Cruzamos por los fondos de los jardines del Club y descendimos corriendo la colina. A la luz de la luna nos internamos en el bosque lindero del río. Nos besamos, esta vez más atrevidamente. Disfruté de frotarme contra la dureza entre sus piernas. Él me levantó la falda y acarició mis nalgas.

Si no lo detenía, me iba a desnudar ahí mismo. Lo guié hacia la cabaña. Deshice rápidamente el nudo de la puerta y entramos. Estaba oscuro, pero no encendimos la lámpara. Pronto nos acostubramos a la escasa luz de luna que entraba en el ambiente.

Él estaba sorprendido pero no le dejé hacer preguntas. Besó mi cuello y descendió a mis pechos. Abrí mi camisa para ofrecérselos. Yo lo sostenía de la cintura y retrocedí trayéndolo hacia mí, hasta la cama. Me dejé caer en ella y él vino conmigo. Nos

desvestimos. Exploramos con caricias nuestros cuerpos en la penumbra. Sus manos recorrían mis pechos o subían por mis muslos. Empezó a moverse sobre mí. Frotando, friccionando su *zakil*, contra mi flor

Me abandoné a sus impulsos, mis manos sueltas a los costados, concentrada en el placer de tener su cuerpo sobre el mío. Saboreando sus olores. Sabía que en cualquier instante iba a ocurrir aquel misterio de ser penetrada. Me dispuse a sentirlo. Realmente lo deseaba.

Pero no ocurrió.

Etxekide empezó a gruñir como un animal enfermo. Cada vez más fuerte. Jadeaba. Transpiraba. Su *zakil* resbalaba en la entrada de mi canal, haciendo ricas cosquillas en mi centro de placer. Entonces él gritó su goce. Tuve una sensación húmeda y caliente sobre mi vientre. Era su semen. Dejó de moverse y se desplomó sobre mis pechos.



Por un tiempo no se movió, sólo respiraba agitado. Acaricié sus cabellos y su espalda cubierta de sudor.

— Tengo calor, tengo sed.

— Qué más ?.

Pude adivinar su sonrisa en la oscuridad.

— Quiero hacer algo contigo.— Dijo divertido.

— Qué cosa que ya no hayas hecho ? — Respondí en el mismo tono.

No me contestó. Llevó mis manos a su nuca. Con sus fuertes brazos me tomó de las nalgas. Crucé mis piernas por detrás de su cintura para sostenerme. Así me transportó hacia la puerta y salimos. El aire fresco de la noche golpeó nuestros cuerpos desnudos.

Etxekide siguió caminando unos pasos hacia el río. Recién en ese momento me di cuenta de sus intenciones. Pero era tarde. No podía liberarme de su abrazo. Sus pies se iban hundiendo en el fino barro de la orilla y me reí, porque sabía que nada podía hacer para evitarlo. El agua mojó primero mis pies, luego mis muslos y mis nalgas. Di unos gritos exagerando el impacto del frío. Él simuló asustarse y comenzó a balancearse peligrosamente, hasta que perdimos el equilibrio y nos caímos.

En cuanto pude liberarme salí corriendo del río.. Fui a la cabaña por una manta y regresé a la orilla. Etxekide se sumergía una y otra vez en el río disfrutando como un niño chico. Respondí con secas negativas a sus reiteradas invitaciones a volver al agua. Al final salió y me abrazó, chorreando.

Volvimos a la cabaña, encontramos la yesca y encendimos la lámpara. Afortunadamente había otras mantas y secamos nuestros cuerpos. Pude entonces contemplar la hermosura de sus formas, de su pecho, su cintura, sus piernas. En cambio, su *zakil* y su bolsa masculina se habían reducido a una expresión mínima. Sus atributos cabían en el hueco de mi mano.

— A dónde se fueron ? — Le pregunté con picardía.

— Ya van a volver.— Aseguró antes de volverme a besar.

Nos acostamos de costado, cara a cara, y nos reímos de la brusca manera que él había inventado para refrescarse.

— Eres hermosa, Itahisa. Muy hermosa.

— Gracias. Tú eres hermoso también.

Sus manos recorrían valles y montañas de mi cuerpo y yo paseaba mis dedos por su cara, acercando a mi antojo cada parte de su cabeza hacia mis labios. Noté que su *zakil* reaccionaba al contacto de mis dedos. Él seguía concentrado en las cumbres de mis pechos. De pronto se detuvo y me miró. Sus ojos expresaban deseo.

— Itahisa.

— Sí, Etxekide.

— Me ... mi ... *zakil*.

Me reí.

— Qué le pasa ?

— Quieres que ... vuelva ?

Sus timideces me resultaban encantadoras.

— Claro que quiero.

— Harás algo para ... por mí ?

— Mientras no sea bañarme en el río.— Se me ocurrió responder.

— Por mi *zakil* .

Tomé su *zakil* a medio esplendor con toda mi mano y lo miré resuelta.

— Dime qué quieres que haga por él.

— La ... lo ... besarás ?

La imagen de mi madre Haridian pasó fugazmente por mi mente. Recordé sus palabras.

— Sí lo haré, — dije sonriendo sin dejar de sostener su virilidad en mi mano — pero sólo si tú haces lo mismo conmigo.

Los ojos de Etxekide se agrandaron.

— No entiendo.

— Qué parte es la que no entiendes ?

— Lo mismo ... contigo ?

— Sí. Yo lameré tu *zakil*. Y tú lamerás mi *natura*.

— Al mismo tiempo ?

Acaricié su bello rostro.

— Como quieras Etxekide. Cómo quieres que sea ?

— No ... no sé.— Dijo denotando cierto nerviosismo.

Con mi mano libre lo empujé para que se recostara y luego maniobré para acceder a su deseo. Sostuve su miembro por la base y fui con mis labios a reconocer su contorno. Nunca había hecho aquello y en realidad no sabía qué era lo esperable, pero no quise preguntarle. Le di suaves besos que parecieron gustarle, antes de lamerlo como a una jugosa, sabrosa, fruta. Él emitió sonidos que interpreté como de aprobación. El *zakil* volvió a crecer rápidamente. Entonces lo introduce en mi boca, despacio, degustándolo con mis labios y lengua. Lo envolví con mi boca. Mi flor se quejaba de ser postergada y sentí humedad en mi canal.

De pronto, mi *natura* tomó control de mi cuerpo y de mi mente. Olvidé la promesa de reciprocidad que había obtenido. Olvidé todo, excepto el deseo afiebrado de mi flor. Me monté sobre mi amante, sin dejar de sostener con mi mano el miembro untado con mi saliva. Lentamente lo llevé a mi entrada. La fruta jugosa tomó contacto con mi canal. Cuidadosamente bajé mi cintura para incrementar la presión.

Busqué su mirada. En sus ojos había ansiedad. Volví a descender mínimamente ... y sentí que entraba en mí. No me provocó dolor, o quizás sí, apagado por las corrientes de placer que se paseaban por mi cuerpo.

Mi canal dejaba de oponer resistencia a su *zakil*. Lo fui recibiendo, sintiéndolo, llenándome ... haciéndome adulta.

Con los ojos cerrados y apoyada en su pecho, permanecí un tiempo registrando aquella desconocida sensación en mi interior.

Él se movía. Era agradable. Abrí los ojos para encontrarme con su sonrisa de disfrute. Me miraba encantado.

Su nombre emergió de mi boca como un quejido.

— Etxekide.

Él respondió con otro empuje de su *zakil*.

— Etxekide.— Repetí admirada.

Él hamacaba su cintura sosteniendo mis costados. Tuve calor. Volví a cerrar los ojos e intenté acompañar sus balanceos. Vinieron a mi mente las palabras de mi madre adoptiva: "No querrás privarte de ese placer". Tenía razón. Tenía razón. No habría nada más delicioso en la vida, nada más sabroso.

Señales increíbles volaban desde mi canal a los dedos de mis pies. Etxekide se agitaba sudoroso. Tomándome de los pechos, aumentó su ritmo. La sensación de placer creció hasta tomarme por completo. Grité. Disminuyó por un momento pero regresó en seguida con más fuerza. Las piernas y los brazos comenzaron a temblarme.

Mi *natura* latía con fuerza, envolviendo a su invitado. Volví a escuchar aquellos gruñidos animales, esta vez más lejanos. Su *zakil* se sacudió dentro de mí. Él gritó también. Una caricia tocó un lugar ignoto de mi vientre. Él se detuvo. Me dejé caer sobre su pecho y le di un beso. Me envolvió con sus brazos, respirando ruidosamente.

Quedé inmóvil, mis pechos y mi cabeza apoyados sobre él, sintiendo replicar aquellas pulsaciones en mi interior. El aroma de su cuerpo y el de mi flor se fusionaron.

Me sentía completamente feliz.

Un rato más tarde tuve frío. Etxekide tomó una manta del piso y me cubrió. Permanecí acostada sobre su cuerpo tibio. Así nos quedamos dormidos.



Me desperté a mitad de la noche. La lámpara se había apagado. Tardé en reconocer la extraña situación. Me hallaba en una cabaña, abrazada al cuerpo de mi amigo dormido. Qué maravillosa manera de despertarse ! Besé suavemente a Etxekide e intenté retomar el sueño.

Pero no pude. Me habían despertado gritos provenientes de una cabaña próxima. Sonreí al darme cuenta de que eran otros amantes nocturnos, que se encontraban en el momento más importante de su actividad. La voz de ella me resultó familiar. No era de una de mis amigas próximas, sino de otra de las *hamabineskak* de Elkar, pero no logré identificarla. Los gritos se apagaron y reinó el silencio. Sólo se escuchaba el murmullo del río y el canto de algunos grillos. Cerré los ojos y logré dormir.



Etxekide se había bañado en el río y caían gotas de su cara. Estaba sentado a mi lado en la cama, acariciándome la espalda. Entraba bastante luz de sol a la cabaña.

— Te bañarás conmigo ahora ?

Me levanté con pereza mientras acostumbraba mis ojos a la luz. Caminé hacia la puerta. La vista era hermosa. Muchas plantas empezaban a florecer, el aire estaba cálido.

— Si me niego, me llevarás a la fuerza ?

— Me gustaría no tener que hacerlo.

Preferí hacerlo por mi propia cuenta. Salí corriendo hacia la orilla, di unos pasos para ganar profundidad y me zambullí.

Al emerger tuve una sorpresa. No estábamos solos. Otra pareja se bañaba a escasos pasos de nosotros. Supuse que eran quienes había escuchado durante la noche. Él me resultó desconocido y ella me daba la espalda. Cuando se dio vuelta, quedé asombrada. Era Dafra, la llorona de Lehen. La última en ser adoptada. La que parecía tan niña

que ni siquiera había logrado presentarse en la Recepción. Allí estaba, rodeada por los brazos de su amante, sonriente, segura de sí misma, saludándome.

Etxekide me preguntó quién era.

— Estás interesado en ella ?

— No.— Dijo como avergonzado.

Me reí. Le había visto apreciando los pequeños pechos de Dafra.

— Ella es ... una *hamabineska*.

Di por suficiente la explicación. Me zambullí y busqué sus pies para hacerlo caer. No lo pude lograr y tuve que salir a tomar aire. Él, como revancha, me levantó como a un bebé. Girando sobre sí mismo me hizo tomar velocidad y, a pesar de mis ruegos, me soltó y volé un instante sobre el río antes de clavarme de cabeza en el agua. Cuando logré pararme se estaba burlando de mi espectacular caída.

Lo traje hacia mí y lo besé. Jugué con mi lengua en sus labios y en su boca. El agua nos llegaba a la cintura.

Cuando por fin liberé su boca pudo decirme.

— No ... tienes ... hambre ?

— Sí, — dije risueña — tanta que voy a comerte.

Etxekide me miraba tratando de adivinarme. Chorreaba agua por sus cabellos, hombros, pecho y brazos.

— No ... deberíamos ... volver a nuestras casas ?

— Extrañas a tu hermana ? — Pregunté con malicia.

— No.— Respondió de inmediato.

— No estás a gusto conmigo ? — Insistí.

— Estoy a gusto contigo, Itahisa.

— Pasaste una mala noche ?

— No, — sonrió y brillaron sus ojos.— pasé la mejor noche de mi vida contigo.

— Me alegro.— Disimulé lo encantada que me sentía al escucharlo.

— Si tú quieres ... quedarte acá ... nos quedamos.— Se rindió.

Disfruté ese momento. Volví a besarlo largamente. En realidad me sentía hambrienta y deseosa de saber qué había ocurrido con los demás al terminar la fiesta.

— Si tú quieres irte, nos vamos.— Sentenció.



Regresamos a nuestras casas tomados de la mano. En el camino Etxekide me hizo preguntas sobre la cabaña. Quería saber si podríamos utilizarla otra noche. Respondí que sí, aunque en realidad no estaba segura. Era de suma importancia verificarlo con mi madre Haridian y con el tío Jacomar.

Aunque el sol estaba alto, las calles de Sexta estaban desiertas y nadie había limpiado aun. A cada paso se veían residuos de la fiesta, jarros rotos, mesas y bancos atravesados, fogones humeantes, y personas durmiendo en las esquinas. Todas señales elocuentes de lo que había ocurrido durante la noche.

Antes de llegar a mi casa nos despedimos con otro larguísimo beso. Prometí ir a visitarlo más tarde.

La pequeña Eider se hallaba en la puerta. Me preguntó dónde había dormido. Le respondí que había pasado la noche entera bailando. Reí para mis adentros evaluando la distancia entre la realidad y mi mentira. Le pregunté por nuestra madre. Eider me hizo un gesto como para que me acercara. En voz de secreto me informó que Haridian estaba durmiendo con un tío que ella no conocía.

Pasé por el cuarto y me cambié de ropa. Manindar no se encontraba en la casa. Fui a la cocina y me preparé el desayuno. Nuestra mesa del hogar tampoco estaba, porque permanecía en la calle. Era pesada para traerla con Eider. Entonces tomando una bandeja, llevé el desayuno a mi cama. Las escenas de la noche se agolpaban en mi mente, en desorden, en confusos pero disfrutables recuerdos. Festejé para mí lo que había pasado. Salté y levanté los brazos varias veces en la intimidad de mi dormitorio.

— Tengo la impresión de que te fue bien anoche.— Me sorprendió Haridian hablándome detrás de la mampara.

Salí a su encuentro, algo avergonzada por haber sido descubierta. Ella, en su camisón de dormir, me miraba expectante.

— Buen día, madre Haridian.

— Buen día, Itahisa. Cómo pasaste tu noche ?

— Bien.

— Me alegro mucho, Itahisa. Entiendo ... que dormiste en la cabaña. Y que no dormiste sola. Entiendo bien ?

— Sí.

— Entiendo que estuviste con un amigo ... y que él se portó bien contigo. Entiendo bien ?

— Sí.

— Noto que no estás conversadora esta mañana, Itahisa.— Afirmó ella simulando reprenderme.— No me vas a contar nada más ?

— Sí.— Hice una pausa.— Tenías razón.

Ella se hizo la sorprendida.

— Yo tenía razón ? ... En qué tuve razón Itahisa ?

— En lo rico que se siente ... un *zakil* ... en tu canal.

Haridian sonrió y no hizo más preguntas. Se acercó con sus manos extendidas para darme un fuerte y prolongado abrazo. Me besó en la cabeza. Noté que estaba emocionada.



Después de almorzar, ella me invitó a su dormitorio y hablamos.

Le hice mi relato del baile, de la travesía por la colina y de la llegada a la cabaña. Ella solamente aprobaba con su cabeza cada avance de mi narración.

Volvió a abrazarme cuando di por culminada la historia. Me felicitó y dijo estar orgullosa de mí. Que había sido buena la elección de mi compañero y que también había sido buena la forma en la que me había comportado con él. Aseguró que pocas *hamabineskak* tendrían el privilegio de una primera noche tan hermosa y feliz como la mía.

Yo no esperaba tantos elogios, aunque me resultaron gratificantes. En mi recuerdo, no todos los detalles habían sido perfectos, pero mi madre adoptiva no lo veía así.

Me dijo que las cabañas son frecuentemente utilizadas para su propósito en las noches cálidas de *udaberrri* y *uda*, pero que sin dudas tendría otras oportunidades para usar la del tío Jacomar, previa verificación de disponibilidad.

Luego me hizo una pregunta que me dejó descolocada.

— Seguirás viéndote con Etxekide únicamente ?

No se me había ocurrido otra cosa.

— Supongo que sí.

— Está bien. Pero tienes en cuenta que no necesariamente sucederá así ?

— Sí.— Me limité a conceder.

— Itahisa. Escúchame bien. Tú quieres a Etxekide muchísimo, verdad ?

— Claro.

— Entonces no le hagas creer que siempre estarás disponible para él. Entiendes ?

— No.

— Si lo quieres, hazle saber que no siempre estarás dispuesta a estar con él. Muéstrale que te gustan otros chicos. Porque de ese modo él buscará complacerte para ganar tu atención. Por el contrario, si él sabe que siempre va a tenerte, no se esforzará en ser el mejor para ti. Así funcionan los hombres, Itahisa. Entiendes ahora ?

— Sí.

Ella sostenía mis manos sin dejar de mirarme. Yo luchaba interiormente con un problema. Me animé a plantearse.

— Sutziake ... y también Gazmira ... están interesadas en él.

— Quién es Gazmira ?

— Otra *hamabineska*.

— Del Círculo ?

— No. De la Serpiente.

Mi madre adoptiva no ocultó un gesto de desagrado.

— Es normal que varias chicas estén interesadas en Etxekide, Itahisa. Él es atractivo y agradable.

— Pero ... si yo ... no le muestro a Etxekide que quiero ... estar con él...

— Te preocupa que él se desinterese de ti y vaya con sus otras amigas.

— Sí.— Confesé.

— Todo lo contrario, Itahisa.

— Todo lo contrario ?

— Sí. Tú sabes que él quiere volver a estar contigo, verdad ?

— Sí.

— Él está deseando volver a verte. Hará lo posible por cumplir su deseo. Se cuidará de no hacer algo que ponga en riesgo otra noche contigo. Tú no necesitas agregar señales para que él vuelva a ti. Ya lo hiciste anoche.

— Ya lo hice ?

— Sí. Itahisa. Le diste todo lo que él quería, y más. Él lo sabe.

En algún punto, la explicación no me dejaba satisfecha.

— Y cuando Sutziake ... le ofrezca su flor ?

— Él no se acordará de ti en ese momento, Itahisa. Hagas lo que hagas.

Quedé confundida. Aquello no terminaba de tener sentido.

— Querrá ... volver a mí ... igual ?

— No dudes de ello. Voy a hacerte un pronóstico, Itahisa. Etxekide acudirá a tu cama, siempre que tú lo desees, por muchos años, si no por toda la vida.

Me sentí feliz al escuchar esa profecía, pero me costaba creerla.



Más tarde vino a visitarme Hagora. Estaba encantada.

Saliendo del baile, Baraso la había llevado al bosque, donde se habían desvestido mutuamente entre besos y abrazos. Ella se había acostado sobre las ropas para ofrecerle su flor. Él la había abrazado con tanta fuerza, llenándola de una manera que superaba todo lo que hubiera podido imaginar. Había sido maravilloso, dedicado, atractivo, tierno y potente. Y había terminado agotado. Pero no ella. De modo que había tenido que esforzarse en convencerle de regresar al baile.

— Regresaron al baile ? — Pregunté sorprendida.

— Sí.— Afirmó ella fascinada.

— Y siguieron bailando ?

— Sí. Con las chicas de Hiru, Iratxe y Oihane, y sus amigos. Ellas hicieron lo mismo.

— Lo mismo ?

— Sí. Oihane fue al bosque e Iratxe a la playa, y ambas retornaron al baile con sus compañeros.

— Y Sutziake ? Y Gazmira ?

— No sé. No estaban allí cuando volvimos.

Hagora abrió los ojos de asombro cuando le conté que habíamos pasado la noche en la cabaña con Etxekide. Escuchó mi resumen de la historia con avidez. Luego nos felicitamos mutuamente por nuestras primeras experiencias. Noté que había quedado curiosa e interesada en la cabaña y probablemente también en mi compañero de cabaña, pero tuvo cuidado de no decirlo.

Me contó que habían hablado de volverse a encontrar con las chicas de Hiru y sus amigos. En arreglar para ir todos a la playa a la puesta del sol, con fuego y tambores. Me pareció buena idea. Luego se marchó hacia la casa de Baraso y Gazmira.

Me quedé pensando en las experiencias de Hagora y las chicas de Hiru. Juzgué que sus escapadas al bosque o a la playa no podían compararse con mi experiencia de la noche entera en la cabaña. O con la de Dafra, la niña llorona, devenida en experimentada amante. Agradecí íntimamente una vez más a mi madre y a mi tío la oportunidad que me habían regalado.

Cuando me vestía para ir a lo de Etxekide y Sutziake, ella llegó a mi casa.

La hice pasar a mi cuarto y le ofrecí un abrazo.

Se sentó en mi cama, mirándome, mientras terminaba de vestirme.

— Entonces te trató mal mi hermano anoche, no ? — Me buscó.

— Sí, — le seguí el juego fingiendo seriedad — especialmente cuando me tiró al río.

Ella no pudo aguantar la risa. Me contagió haciéndome estallar de risa también.

— Te tiró al río ?

— Una vez me tiró, y la segunda vez me amenazó con hacerlo, y tuve que ir corriendo a zambullirme.

Sutziake trataba de contenerse y poner cara de preocupación.

— Entonces ... así es como deben comportarse los amantes en la primera noche ?

— Efectivamente. Es una parte importante del ritual de Ama, no lo sabías ?

Volvimos a reírnos.

— No. No lo sabía. Es bueno que me expliques. Y supongo que tienes algunas cosas más para explicarme, no ?

Me miraba con expectativa.

— Puede ser que sí.— Otorgué.

— Como por ejemplo ?

— Como por ejemplo que tenías razón, Sutziake. Etxekide es el mejor compañero que puedas imaginar para tu primera noche.

Sutziake hizo una mueca de satisfacción. Repentinamente tuve ganas de repetir el gesto que Txanona me había enseñado. Le ofrecí mis manos para que ella las chocara y le di un rápido beso en la boca. Ella aceptó el festejo con agrado.

— Entonces él te trató bien, a pesar de tirarte al río dos veces.

Le conté a mi amiga Sutziake mi primera noche con su hermano Etxekide. No omití detalles. No exageré ni tuve que decorar momento alguno del relato. No era necesario.



Los siguientes días volvimos a la rutina de las clases. Las mañanas en Construcción con Sutziake, Gazmira, Hagora, Guadarteme y Manindar. Las tardes en Cultivo con Sutziake, Iratxe y Oihane.

Las noches cálidas empezaban a ser frecuentes. Varias tardes bajamos a la playa, con leña, lámparas y tambores. El mar todavía no estaba lo suficientemente tibio como para nadar, pero algunas veces nos animamos a desvestirnos para una zambullida.

Fuimos con Etxekide otras dos veces a la cabaña. No nos quedamos a dormir, porque al día siguiente debíamos ir a la *Eskuela*, pero igualmente pasamos momentos placenteros juntos, disfrutando de nuestros cuerpos.

Tuve noticias de mi madre Atissa. No había tenido chance de adoptar, porque al llegar su turno no quedaban *hamabineskak* disponibles. Íntimamente, me sentí satisfecha de que no hubiera podido reemplazarme tan rápidamente.

Haridian fue electa Decana de Navegación con amplio apoyo entre los profesores de la *Eskuela*. Tuvimos una fiesta en casa para celebrarlo, a la que invitamos a Sutziake, a Etxekide, a Hagora y a Guadarteme.

Catorce días después de la Fiesta de Ama, llegó mi primera luna. No me sentí tan dolorida como Sutziake, pero estuve un par de días molesta, acostumbrándome al flujo de sangre que bajaba por mis piernas. Haridian preparó una infusión que aliviaba el dolor y me dio indicaciones sobre cómo manejarme con las ropas y los paños.

Dieciocho días después de la Fiesta de Ama, me embarqué para Lehen. Mi madre adoptiva había hecho los arreglos para mi alojamiento en la *Eskuela* de Navegación.

Llevaba en mi equipaje un bolsito de cuero conteniendo un aro de plata, que había pertenecido a Txanona, y que volvería a ella, luego de que Hagora recibiera del Círculo el suyo propio.

Tomé mi lugar en el centro del barco, abrazada al mástil. Era mi primer viaje desde que había llegado a Sexta y el primero de mi vida que haría por mi cuenta.

Los *txalupari* maniobraron a la salida del puerto y desplegaron la vela sobre mi cabeza.

Las espumas saladas del Mar de Atlantis empaparon mi cara.

La historia de Itahisa continúa en Parte Tres

<http://itahisa.info/about/parte-tres/>

Recursos para el Lector:

Diccionario de Términos Atlanteanos

<http://itahisa.info/recursos/diccionario/>

Diccionario de Personajes

<http://itahisa.info/recursos/personajes/>

Blog: <http://itahisa.info>

Itahisa de Atlantis en Redes Sociales:

Facebook: <http://www.facebook.com/ItahisaofAtlantis>

Twitter: <https://twitter.com/ItahisaAtlantis>